E ELUCIDARIO. Nº 3 (Marzo 2007). págs. 119 a 146
Seminario Bio-bibliográfico Manuel Caballero Venzalá

«Un hidalgo extremeño en las tierras de Jaén: Rafael Rodríguez-Moñino Soriano (1935-2005)

ADELA TARIFA FERNÁNDEZ
Consejera de Número del I.E.G.
Académica Correspondiente de las Reales Academias de Córdoba, Málaga y de la Historia

«La amistad es amor, pero sin sus alas».
Para mi amiga Julia Rodríguez-Moñino Soriano.

RESUMEN

En este trabajo se recoge la biografía del diplomático, profesor y escritor Rafael Rodríguez- Moñino Soriano, destacando la estrecha relación profesional y afectiva que le unió a Baeza (Jaén), donde ejerció como catedrático de Historia hasta su jubilación. En esta ciudad, hoy, junto con Úbeda, Patrimonio de la Humanidad, desplegó una intensa actividad investigadora y creó una escuela de historiadores.

Rafael Rodríguez-Moñino, que nació en Badajoz en 1935, en el seno de una culta e ilustre familia de ideología liberal, se mantuvo fiel a los valores que le inculcaron sus antepasados y dedicó su vida al estudio, especializándose en temas de Derecho e Historia. Fue Embajador de Carrera, actividad que abandonó para opositar a una cátedra de Historia de Bachillerato, lo que le permitió dedicarse a su gran vocación: ejercer la docencia y formar a los jóvenes en temas de Historia, Geografía y Arte, iniciándolos en la investigación histórica. A lo largo de su vida publicó numerosos libros y desplegó una intensa actividad para dinamizar el ambiente cultural de los lugares en los que vivió. Su infatigable compromiso con la tarea intelectual le hizo merecedor de numerosos premios y distinciones. Murió en Madrid, el 5 de mayo de 2005, cuando ultimaba tres libros, publicados tras su muerte. En esa fecha coordinaba los trabajos realizados en la provincia de Jaén para la elaboración de *Diccionario Biográfico Español,* de la Real Academia de la Historia.

ABSTRACT

In this paper it has been resumed the biography of Rafael Rodríguez-Muñino Soriano, Diplomatist, Professor and Writer. It has been highlighted his professional and affective relationship with Baeza (Jaén, Spain), the town where he worked as a Professor teaching History until his retirement. It was in this town, that nowadays added to Úbeda belongs to the World Heritage, where he developed an active research activity and created a History research trend.

Rafael Rodríguez-Muñino Soriano was born in Badajoz (Extremadura, Spain) in 1935 within a cultivated family with strong Liberal beliefs. He was loyal to the education received from his parents and devoted his life to study, specially in the areas of Laws and History. He was an Ambassador (Spanish Civil Servant devoted to Foreign Affairs), but he gave up this activity in order to pass the examination to get a Professor position at High School in History; this allowed him to devote his life to what he loved best: teaching History, Geography and Arts to young people, helping them to discover research topics. Through his life, he published many books and he developed an intense activity in order to make more dynamic the cultural environment of those places where he lived. This huge intellectual effort was the reason for many prizes and awards. He died at Madrid, on May the 5th, 2005, when he was finishing his three latest books, published after his death. At those times, he was simultaneously managing all the works made at Jaén (Andalucía) for the Spanish Biographic Dictionary, edited by the Royal History Academy.

I.- Rafael Rodríguez-Moñino Soriano en el recuerdo

1. Prolegómenos: Ha muerto un profesor de Baeza

«No te canses de hacer el bien, porque en esa fragua se forjan los corazones grandes» Francisco Javier Campos[1]

El día 5 de mayo de 2005 falleció en Madrid, en la Clínica de San Camilo, el historiador y diplomático Don Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, que ejerció como Catedrático de Geografía e Historia en el Instituto «Santísima Trinidad» de Baeza hasta 1998. Aunque él nunca renunció a sus orígenes extremeños, vinculado a una familia hidalga de Badajoz, este notable intelectual vivió algunas de las más felices y fructíferas etapas de su vida en Andalucía: Málaga, en la adolescencia, y Baeza, en la madurez, forjaron definitivamente la personalidad de un gran sabio y de un inmenso ser humano llamado Rafael Rodríguez- Moñino. Tras su muerte nos ha dejado una herencia imperecedera en sus numerosas publicaciones, en las magistrales clases que impartió en él único destino que quiso tener como docente de Bachillerato en Baeza, pero, sobre todo, en el ejemplo de amistad que dio a quienes tuvimos la fortuna de tratarlo y llegamos a valorarlo como ser humano, incluso más de lo que le admirábamos y valoramos como científico, lo cual es difícil.

Al conocerse la noticia de su muerte se le rindieron numerosos homenajes[2], en actos públicos en la Villa y Corte, en Segovia, en sus tierras extremeñas y en Baeza, la ciudad que Rafael amó como propia y a la que le dedicó gran parte de sus tareas de investigación histórica. Buena prueba de la perfecta sintonía que se estableció entre el alma de este escritor y las gentes de Baeza se puso de manifiesto en el emotivo homenaje que esta monumental ciudad le rindió el 4 de junio de 2005, cuando se cumplía sólo un mes de su muerte. La prensa local y provincial se hizo eco de estos actos de homenaje a D. Rafael Rodríguez-Moñino[3]; actos que tuvieron como marco el Paraninfo de la Antigua Universidad, sede del actual instituto «Santísima Trinidad», el más antiguo de la provincia, junto al «Virgen del Carmen», de Jaén. En dicho homenaje intervinieron autoridades locales, como el alcalde don Javier Calvente Gallego, profesores y antiguos alumnos de D. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, pues otro de los legados que nuestro personaje hizo a Baeza fue crear una escuela de Historiadores. En esta línea, todos recordaron la figura del gran «Maestro», destacando las intervenciones de tres de sus antiguos alumnos: don Policarpo Cruz Cabrera, don Ventura Salazar y don Sebastián Cabrera Chica. Ellos y los demás participantes evocaron con inmenso cariño, respeto y gratitud la labor desplegada en Baeza por este «hidalgo extremeño» al que sólo la enfermedad fue capaz de alejarlo físicamente de las tierras de Jaén en las que fue feliz durante quince años de su vida. Pero la distancia física de Baeza nunca fue olvido porque Rafael llevó a esta ciudad, sus paisajes y sus gentes, en el corazón hasta el día de la muerte. Y Baeza se lo agradeció siempre. Uno de los antiguos alumnos que evocó en este emotivo acto al gran maestro Rafael Rodríguez-Moñino fue Ventura Salazar, quien expuso en sus discurso parte de los recuerdos que guardaba de él, manifestando que «Las Claves de su éxito como docente son bien sencillas (y) él supo ponerlas en práctica en una medida fuera de lo común: dominio de la materia que se imparte, respeto y amabilidad hacia los alumnos, adopción de un talante humanista y, por encima de todo, mostrar y transmitir una inquebrantable pasión por enseñar...y por aprender...»[4]. En el

---

[1] En *Palabras y silencios,* Madrid, 1999, pág.89

[2] Entre otros: F. Puch, «Fallece el escritor Rafael Rodríguez-Moñino», *El Adelantado de Segovia,* Segovia, 10 de mayo de 2005.

[3] En el mismo acto se tributó homenaje a y a D. Conrado del Barco, también importante figura de este claustro de profesores.

[4] Ventura Salazar García, «Semblanza de Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. In Memoriam», Dc. Inédito. Agradecemos la amabilidad de Julia Rodríguez- Moñino, hermana de nuestro personaje, por las facilidades que nos ha dado para elaborar este trabajo. Él último libro que Rafael escribió, presentado tras su muerte, se lo dedicó a su

mencionado acto las autoridades de Baeza se comprometieron a trabajar para de que se diera el nombre de este personaje a una calle de la ciudad, iniciativa que esperamos llegue a buen puerto. Entre los que participaron es este homenaje hemos de mencionar a la familia, representada por doña Julia Rodríguez-Moñino, hermana del homenajeado, quien expresó que Rafael «Quiso mucho a Baeza...y que hoy puedo comprobar una vez más lo mucho que Baeza quiere a mi hermano»[5]. El acto se cerró con imágenes de los profesores recordados y con música de Carl Emanuel Bach, interpretada por el antiguo alumno don Juan Manuel Blázquez.

Aunque no pudimos estar físicamente en Baeza ese día tan especial, al recibir puntual noticia de ella rememoramos otros momentos vividos en Baeza con Rafael, nuestro querido y admirado amigo, acompañándolo en la presentación de sus libros, y sentimos la alegría de constatar que esta ciudad, hoy Patrimonio de la humanidad junto con Úbeda, no olvida a quienes la quieren bien. Acaso porque, como dijo Samuel Jonson, la gratitud es producto de la cultura, y de cultura y sensibilidad Baeza siempre estuvo bien servida.

En la medida de nuestras posibilidades, hemos manifestado públicamente en varias ocasiones la admiración y el cariño que sentimos hacia este jiennense de adopción: antes de la muerte de don Rafael Rodríguez-Moñino, redactando su primera biografía para prologar el últimos de los libros suyos que pudo ver impreso en vida[6], y tras su fallecimiento, dedicándole algunos artículos[7] y escribiendo su biografía para el *Diccionario Biográfico Español*[8]. Recientemente también escribimos una breve Necrológica para el *Boletín del IEG*[9], publicación en la que Rafael colaboró en varias ocasiones. De este modo contribuimos a mantener viva en Jaén la memoria de un hombre al que comenzamos admirando como historiador y acabamos considerándolo uno de nuestros mejores amigos. Hoy, con este trabajo, que recoge y sintetiza un aparte de los que hemos escrito sobre él, queremos que su vida y su obra formen parte de *Elucidario*.

2. Epístolas para la vida entre Úbeda y Madrid

«La amistad es un alma que habita en dos cuerpo, un corazón que habita en dos almas» (Aristóteles)

En la Navidad de 2005, hace ya un año, dediqué unas páginas a resaltar los valores humanos de nuestro protagonista, dirigidas a la revista de la asociación de profesores de Bachillerato «*Hespérides*», a la que Rafael perteneció hasta su muerte. Fue una especie de carta dirigida a un amigo del que no pude despedirme como hubiera querido porque la muerte invadió su casa con prisas. Inmisericorde. Reconocía entonces que en nuestra constante correspondencia epistolar él sí se estaba despidiendo de mi poco antes de morir; al menos presentía que su vida no sería muy larga. Pero yo no lo comprendí entonces. Por eso, al escribirle así, desde nuestra revista de profesores, a la otra orilla, sentía que saldaba una deuda: era yo la que le debía la última carta, aunque realmente la mandé varias a su casa, a las que él nunca respondió porque le llegaron cuando ya estaba ingresado en la cínica donde falleció. En cualquier caso, con esta carta pública percibí que es bueno para el alma seguir

---

hermana Julia. En ella, en su hermana Rosario, y en sus sobrinos, encontró Rafael todo el apoyo y amor que necesitó siempre y, particularmente, en los últimos días de su vida.

[5] *Baeza Información*, 11 de junio de 2005, pág, 12.

[6] A. Tarifa Fernández, «Estudio Introductorio: Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. I Biografía. II Bibliografía», en R. Rodríguez-Moñino, *La ciudad de Málaga en el periodo de transición entre los siglos XVIII y XIX*, Málaga, Algazara, 2004, págs. 16-98.

[7] A. Tarifa Fernández, «Rafael Rodríguez-Moñino Soriano en mi recuerdo», Revista *Hespérides*, nº 11, Granada, diciembre de 2005, págs. 42-43; A,. TARIFA, «Diálogos con Rafael Rodríguez-Moñino Soriano (1935-2005). In memoria», *Revista del Colegio Maria Cristina , Nueva Etapa*, nº 73, San Lorenzo del Escorial, 2006,págs.35-50.

[8] Tras su fallecimiento, propusimos su voz para esta obra, que edita la Real Academia de la Historia. Fue aceptada por la comisión de Humanidades, recibiendo notificación del director de esta obra, D. Jaime Olmedo. R. Rodríguez-Moñino, hasta su muerte, fue el coordinador por Jaén de los trabajos aportados para el *Diccionario Biográfico Español*, realizando una magnífica gestión en esta tarea.

[9] En imprenta.

hablando con los que quisimos en vida después de que se muden de casa; después de que se nos van un día a ese lugar desconocido, que los creyentes llaman Paraíso, en el que, seguramente, encontraron la paz pues allí el cuerpo no pesa ni duele por dentro.

Cuando redacté esta última carta, a modo de artículo, dirigida a mi amigo Rafael, reproduje fragmentos de algunas de últimas epístolas, escritas en un estilo cálido, directo, natural e impecable, tan suyo. Los historiadores sabemos cuánto valen las fuentes epistolares para descubrir facetas auténtica de la personalidad y qué importantes son cuando se quiere escribir una biografía. Yo tuve la suerte de recibir cientos de cartas de Rafael en los largos años que duró su enfermedad y lejanía física de las tierras de Jaén, al establecerse en Madrid hacia 1996. Por eso, antes de adentrarme en los recuerdos primeros de nuestra amistad y de redactar la biografía de nuestro personaje, objetivo último de este artículo, vuelvo a recoger breves párrafos de algunas de sus cartas, que fueron el soporte de nuestra larga amistad y que volaron sin descanso desde Madrid a Úbeda..., desde Úbeda a Madrid, hasta el mes de mayo de 2005. En ellas hay sentimientos y afanes de un amigo que, estando enfermo, sabe ocuparse de los que están lejos. Todavía, cada día que pasa, en cada libro de biblioteca que abro para cualquier consulta, sigo encontrando nuevas cartas y notas manuscritas de Rafael. La última, ayer mismo, inserta en una separata suya dedicada a Olavide y Baeza: el ella me comentaba Rafael su conversación en la Real Academia de la Historia con el académico D. Manuel Pita Andrade, quien fuera una vez mi profesor de Arte en la Universidad y el encargado de realizar la Necrológica de don Antonio Domínguez Ortiz para el *Boletín de la Real Academia de la Historia*[10]: «Querida Adela: en la sesión académica de ayer (21 de febrero) Pita Andrade aludió a tus trabajos sobre D. Antonio Domínguez Ortiz. Así que aparecerás en la Nota Necrológica del boletín Próximo. Te lo mereces, Dios mío, te lo mereces. Por tu amistad y tu trabajo. Un abrazo muy fuerte». Así era Rafael, el hombre que mandaba una carta para decir que disfruta con los éxitos de los demás. Eso se llama Amistad y Generosidad. Y ninguno de los dos valores son fáciles de hallar en abundancia en nuestro tiempo.

El 16 de noviembre de 2004 Rafael comenzaba así una carta: «Mi querida trabajadora Adela: sólo quiero comunicarte que me ha gustado muchísimo tu artículo «Ritual de la Muerte..., tan hondamente estudiado. Gracias por tus pies de páginas aludiendo a algunos de mis trabajos». Se refería luego a su libro sobre *La ciudad de Málaga en el periodo de transición entre los siglos XVIII y XIX. Sentir Religioso y urbanismo histórico*[11]. Me había pedido que colaborara en él redactando un capítulo con su biobibliografía. Desde que le mandé mi trabajo estuvo muy ilusionado proyectado su publicación y la presentación de la obra que haríamos en Málaga, a mediados de abril de 2005. Sobre ese tema decía «Espero de Málaga las segundas pruebas de nuestro libro con la serie de fotografías...». Por entonces Rafael notaba ya que su dura enfermedad volvía a despertar y se despedía así: «¡Ay, esta laringectomía¡. Un abrazo muy fuerte». El 26 de noviembre de ese mes llegó su tarjeta navideña, comprada a la asociación de Pintores con la boca y con el Pie. Era, como siempre, una carta larga que apenas dejaba espacio libre en los márgenes. Sus libros, los amigos y la familia eran los tesoros que tenía para ser feliz en estas señaladas fiestas de Navidad: «Adelante van, poco a poco, las correcciones de las pruebas de mis libros sobre Madrid, Segovia y Málaga (...)No sé si te dije que ya he iniciado las trámites del acto de presentación de nuestro libro. Ya he hablado con la dueña de 'El Jardín', sala que está frente a la catedral... tú serás la presentadora, desde luego...; no creo que esto ocurra antes de dos o tres meses. Te tendré al tanto. Un abrazo muy fuerte». Así era Rafael, un hombre que agradecía todo lo que le dabas, por pequeño que fuera, sobre

[10] M. Pita Andrade, «Necrológica del Excmo. Sr. Don Antonio Domínguez Ortiz», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* T. CC, Cuaderno I (enero-abril 2003).

[11] Este libro, ya citado, lo ha publicado la Editorial Algazara, Málaga, 2004. No se ha distribuido. Rafael me mandó un ejemplar dedicado pocos días antes de su muerte.

todo si le regalabas cariño. Eso se llama Gratitud y Humildad, valores de los que tampoco vamos muy sobrados en nuestro tiempo.

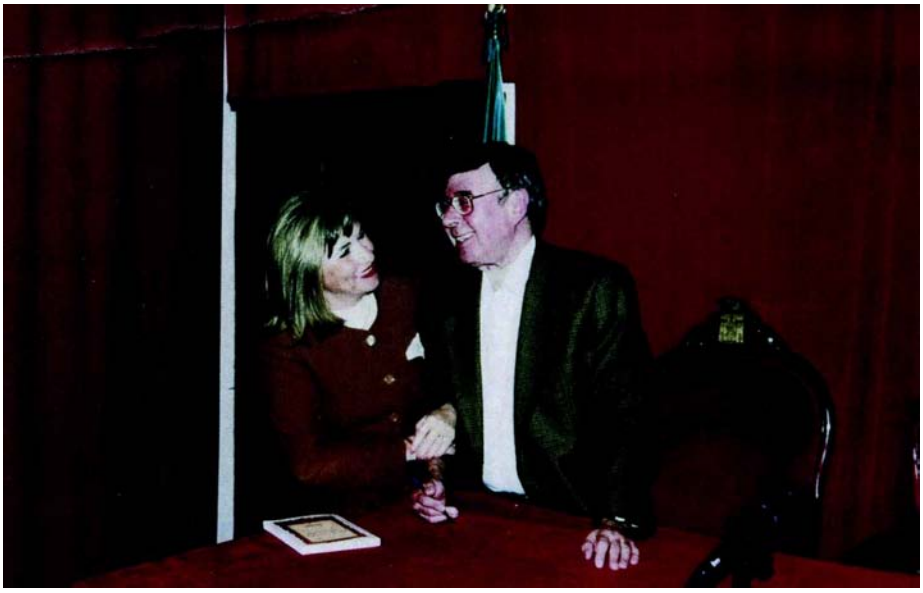
El 17 de diciembre de 2004 me escribía: «Mi querida Adela: ya estoy de nuevo en nuestra tertulia, en la mesa de la cocina, a las 8 de la mañana. Faltas tú, que estarás en plena vigilancia de alumnos. ¡qué diferencia de situaciones, Santo Dios. Mas los dos con gran amistad y con vistas al futuro». Volvía a tratar luego el tema del libro malagueño, lamentando la tardanza con las pruebas que no le llegaban desde Málaga, lo que le llevó e escribir de nuevo al editor. Añadía que «debido a la Semana Santa la presentación del libro no podrá ser en marzo y creo que febrero es demasiado precipitado...», y terminaba su carta con ilusiones «Pasaré la Navidad entre Valencia, con la familia de mi hermana Rosario, y Madrid, con la de mi hermana Julia. María José, como en años anteriores, vendrá el día fin de año, cuando antes de cenar en casa, nos damos un típico paseo precioso por la Gran Vía casi desierta. Allí el aperitivo. No trabajes mucho estos días y tranquilízate en Granada, con tu madre, y en Úbeda. Un abrazo fortísimo y feliz Navidad». Era un canto a la esperanza, a la ilusión, a la búsqueda de la felicidad en las pequeñas cosas de cada día, algo que no pudo arrebatarle la dura enfermedad que tanto le hizo sufrir. Era una prueba de su valentía para enfrentarse dignamente a la adversidad. Tampoco esta clase de Valentía digna se prodiga en nuestro entorno, pues hay que ser muy valiente para ponerla en práctica.

Pasados unos días me escribía otra larga misiva. En ella hablaba de unas las cartas que yo le había remitido en las que Antonio Machado contaba a Unamuno las tristes experiencias vividas cuando era profesor de francés en Baeza. Sobre el tema decía Rafael: «No, no fue esa mi Baeza. En mis tiempos había de todo pero no tanta negritud y tanto negativismo. ¡cómo se nota en las cartas el pesimismo permanente de don Antonio, junto con su cansancio y aburrimiento espirituales¡ en su poesía y en su prosa lo refleja sin dejar nunca de ser un grandísimo pensador y un excepcional poeta...pero su Baeza no es mi Baeza». Sí, Rafael sabía que en «su Baeza» se le quería y admiraba profundamente y no perdía ocasión para agradecer el trato que siempre recibió allí[12]. Eso se llama Grandeza de alma, expresada con Sencillez. Y sencillo es todo lo verdaderamente grande.

Mediado ese mes de diciembre, Rafael me escribió otra larga carta. Comentaba que había recibido la revista de nuestra asociación, *Hespérides,* y aludía a una colaboración que hice en dicha revista en la que criticaba los vicios del actual modelo educativo. Rafael, retirado de la docencia desde hacía años, se mantenía al tanto de los problemas que hoy tenemos los profesores de Instituto y se solidarizaba con nosotros: «Estoy conforme contigo de la cruz a la fecha en todo lo que expresas en tu artículo de *Hespérides.* Así se habla y así se dicen las verdades, aunque yo no viva en ese mundo». Era profesor, lo fue hasta su muerte, y le dolía que los jóvenes no recibieran una buena educación. Era consciente de que un hombre instruido lleva consigo la mejor de las riquezas. Era Solidario con nuestros problemas en el aula. Hoy muchos docentes echamos de menos voces que nos apoyen como la suya.

Acababa el año y la muerte se acercaba a su casa; el día 31 de diciembre de 2004 Rafael me regañaba con cariño: «¡Dios mío, no trabajes durante estas vacaciones! ¡Descansa y muévete de un lado a otro, pero sin darte a la pluma, a la mente y a la investigación!», me transmitía sus temores sobre el curso de su enfermedad: «en la primera quincena de enero tendré ya concluidas las pruebas de mi reconocimiento...Espero que nada se tuerza y salgan bien», se interesaba por mi familia: «¿ Y tus hijos? ¿Y Juan? Admiro vuestra unión familiar», y me hacía partícipe del apoyo familiar que él tenía: «mi círculo familiar, aunque es corto, sí es excelente», recordando a sus hermanas, Julia y Rosario, a sus sobrinos y a su

[12] Ya vimos que llevaba razón: la ciudad de Baeza ya rindió un cálido homenaje a Rafael Rodríguez-Moñino . Se habla de dar su nombre a una calle de la ciudad. En la Parroquia de El Salvador la Agrupación Arciprestal de Cofradías y la Asociación Cultural Baezana celebró un funeral por su alma el día 30 de mayo de 2005.



Rafael Rodríguez-Moñino Soriano y Adela Tarifa Fernández, presentando su libro *Archivos de la ciudad de Baeza*. Baeza 1999.

fiel amiga María José, con la que ya había recorrido, por última vez, la Gran Vía madrileña, casi desierta el día 31: «Te aseguro que nos acordamos mucho de nuestra Adela, en especial mía. Un fuerte abrazo». Era la dulzura y la bondad de quien quiere proteger a los que ama, ignorando que quien más cuidados necesitaba era él mismo. Y así llegó el final: el año 2005.

Las cartas que llegaron luego fueron tristes. Hoy sé que eran su despedida, pero Rafael quiso que hasta esa despedida pasara casi inadvertida para mi, acaso porque nunca quiso que aquellos a los que más quería sufrieran por su culpa. Acaso porque a él nunca le gustaron las despedidas. Hoy, al releer sus cartas, me doy cuenta de que estuve ciega al no ver que Rafael se moría; Me doy cuenta de que en diez años de correspondencia él nunca se lamentó con desesperanza de crueles los zarpazos de su enfermedad y de que nunca pensó en dejar de luchar. Todavía el 11 de marzo de 2005, pese a su intenso sufrimiento, seguía imaginando que podríamos hacer juntos la presentación de ese libro nuestro en el que él quiso que yo contara su intensa y apasionante vida. Pese a su angustia interior, soñaba con verme en La Granja en julio («Me ilusiona verte en La Granja y que al menos conozcas un poco mi lugar guadarrameño. Supongo que allí, si estoy completamente bien, podremos hablar algunos ratos»). Tardé en darme cuenta de la realidad, acaso porque no quería verla.

En su carta del 9 de marzo, que acompañaba un ejemplar de «nuestro libro», percibí la inmensidad el dolor de mi amigo y supe que el final que ambos nos negábamos a aceptar llegaba. Pero Rafael todavía era un gigante ante la adversidad: en su carta tras explicar el curso que seguía la enfermedad, se despidió de mí así: «Sí, querida Adela, ya llegará la presentación del libro. Mientras tanto te envío un ejemplar. Espero que te gustará. Un abrazo muy fuerte. Rafael». En la dedicatoria del libro escribió: «A la coautora de este libro, Adela Tarifa Fernández, con agradecimiento total y abierto, pleno de amistad. Madrid, Abril de 2005». Luego llegó el silencio, largo, duro, cerrado. Su hermana Rosario, al encontrar en su casa varias cartas mías cargadas de angustia, tuvo la amabilidad de llamar por teléfono para informarme de su ingreso en una clínica madrileña, donde agonizaba. Su hermana Julia, el 1 de mayo, me escribió una carta hermosa, sincera: Rafael ingresó en la Clínica San Camilo el 12 de abril, tres día después de su última carta. Supe por Julia que mi amigo moría en paz, ya sin dolor físico, acompañado de los que le querían. Así, con esa carta de su hermana Julia, Rafael me decía adiós del mejor modo que podía hacerlo: enlazando la mano de su hermana con la mía para que fructificara una nueva amistad. Y esa Amistad ya ha nacido.

Hoy, para escribir este artículo, que finalizará con la biografía de este hidalgo extremeño enamorado de Baeza, recurrí a su hermana Julia. Quise saber de los homenajes póstumos que recibió, de las presentaciones de los libros, que él no llego a ver fuera de la imprenta. Me respon-

dió este mes de noviembre de 2006, con el cariño de siempre. En una carta escribe: «Mi querida Adela: ahí va lo que me pedías sobre Rafa y algunas cosas que yo te he añadido y que creo te ayudarán a conocer todavía más a mi hermano...», Me remite documentación de los homenajes que le rindieron en Baeza, con los discursos de sus tres antiguos alumnos «Poli, Ventura y Sebas, los tres lo conocían muy bien, lo querían, lo respetaban (...), creo que, junto a las otras presentaciones hechas en Madrid de José Iglesias y Ricardo Hernández son bastante reveladoras e interesantes. La presentación de Vicente Sánchez-Cano, magnífica como estudio del libro de los Monasterios. Lo escrito por mi carece de importancia pero te lo mando ya que es un aspecto humano y una apreciación desde mi punto de vista, como hermana, que creo te gustará... Espero, Adela, que te guste y te sirva de ayuda, yo también quiero que la memoria de mi hermano perdure la más posible, al menos ante los estudiosos. Te dejo y te mando mi agradecimiento por todo lo que haces y un montón de besos. Julia»[13]. Poco podemos añadir. ¿Quién no quisiera tener hermanas como éstas? Un proverbio chino dice que un hermano es un amigo que no ha sido dado por la naturaleza. Pero ni todos los hermanos ni todos los amigos son iguales. Acaso para que existan hermanos así antes debió existir antes una familia que era lo más parecido al Paraíso, ese lugar al que ha vuelto ya Rafael, a encontrarse con las familiares que allí le estaban esperando. Veamos pues los orígenes de esta familia Rodríguez-Moñino Soriano.

II.- Biografía de Rafael Rodríguez-Moñino Soriano (1935-2005)

1. Introducción. Primeros encuentros, recorriendo Baeza...

«No importa cuánto dura la vida, ni cuán rápido pasa. Lo trascendente es lo que *hacemos con ella*». Anónimo.

Conocí personalmente a Rafael Rodríguez-Moñino un día de sol ya remoto, de cuya fecha exacta no podría dar fe, aunque posiblemente fue en la primavera de 1983, con motivo de un encuentro de Metodología y Didáctica de la Historia que organizó la Asociación *Hespérides*. Sí sé exactamente dónde localizar el lugar geográfico en el que lo vi por primera vez: la ciudad de Baeza. El escenario fue de lujo: la sede de la antigua universidad, hoy Instituto de Bachillerato «Santísima Trinidad», donde él ejercía como catedrático de Geografía e Historia, cuando tener este cargo, hoy devaluado por la LOGSE, era muy importante. Vivíamos cerca y trabajábamos en parecidos temas, docencia e investigación histórica, pero nunca había estrechado nuestras manos. Desde que Rodríguez-Moñino llegó a Baeza en 1980 todos los profesores de historia lo conocíamos por sus incesante actividad investigadora y nos constaba que era un magnífico profesor. El profesor Rodríguez-Moñino, se puede decir llanamente, era toda una institución para los docentes e investigadores de los Institutos de Enseñanzas Medias, por entonces prestigiosas instituciones hasta que el nuevo modelo educativo, basado en las nuevas tesis constructivistas de Coll y Ausubel, les privara de sus señas de identidad y degradara la calidad de los contenidos que se impartían en Bachillerato.

La fama de tan insigne colega hizo que la Asociación de Profesores de Geografía e Historia de Andalucía «Hespérides», al celebrar sus tradicionales Jornadas Metodológico-Didácticas y elegir a Jaén como sede, nos llevara a de Baeza y pidiera a Rafael que nos guiara en la visita histórico-artística de la ciudad, con parada obligada en el emblemático Instituto «Santísima Trinidad», de Baeza, el más antiguo de la provincia, donde D. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano ocupaba una cátedra, como antes lo hicieron otras personalidades, caso del poeta Antonio Machado o el historiador Jaime Vicens Vives, por ejemplo. En este escenario, como ya he dicho, conocí personalmente nuestro personaje. Seguramente él, rodeado de congresistas, no pudo percibir la atención con la que yo sus explicaciones, ni la intuición que tuve para captar cuánto amor,

[13] Julia Rodríguez-Moñino Soriano, carta fechada en Madrid, el 27-XI-006.

cuánta pasión y dedicación a aquel centro educativo y a aquella ciudad rebosaban sus palabras y sus gestos, mientras se movía como pez en el agua en aquella su segunda casa (el Instituto), acaso más cálida y humanizada que la viviendas alquilada en la que residió entre 1980 y 1998, «un piso frío del Paseo, y en una vivienda destartalada y destemplada en un barrio de construcciones modernas e impropias en tan digna y artística ciudad[14] », del barrio de San Pedro, ubicadas frente a las nuevas edificaciones del convento de clarisas de Santa Catalina Mártir.

Conservo en el recuerdo bastantes detalles de aquel primer encuentro pero no otros: si me hubieran preguntado al volver de aquella visita cómo vestía nuestro guía, o algún dato externo de su fisonomía, no hubiera podido responder; pero recuerdo a la perfección su calidez humana de anfitrión, el rápido movimiento de las pupilas de unos ojos vivaces escondidos tras unas gafas demasiado grandes, su cuerpo menudo y ágil, seguramente curtido en las largas caminatas que daba, y en la práctica de deportes, especialmente el ciclismo (se aficionó a él desde su estancia en Cambribge), y la natación. Sus manos estaban en continuo movimiento; fumaba, mucho, y hablaba, hablaba..., con voz algo cansada, ronca, profunda. También recuerdo lo que pensé al volver a casa: que me hubiera gustado mantener una charla larga, sosegada, similar a as tertulias de café de antaño , con aquel personaje que, en mi opinión de entonces, no encajaba mucho en el lugar ni en el tiempo en que estaba. Porque yo realmente lo que vi en Rafael, en sus explicaciones de arte e historia, fue a un profesor que emanaba sabiduría por sus poros. Su figura ligera, a mis ojos resultó grande, muy adecuada para recrear la historia de una ciudad de tan largo pasado. Imaginé que aquel profesor, de edad imprecisa, hubiera podido convivir muy bien con los más ilustres claustrales de la vieja Universidad baezana en los siglos XVI y XVII; su humanismo era el de ellos, aunque le faltaban los hábitos monacales. Pero ya se sabe que el hábito no hace al monje.

Por entonces yo leía bastante sobre la intelectualidad vinculada a Baeza de tiempos pretéritos, desde Juan de la Cruz a Juan de Ávila, sin olvidar al jesuita Bilches; también había comprado un libro biográfico de Antonio Machado. Todo ello me llevó a establecer ciertos paralelismos entre el discurso de nuestro selecto guía con los místicos y clérigos del Renacimiento y el Barroco, y con la vida y la obra del gran poeta nacido en Sevilla y curtido en los campos de Soria. El hecho de que Antonio Machado pasara unos años en Baeza y perteneciera al mismo claustro en el que estaba Rafael no dejaba de resultar interesante [15]. Así, entre las muchas preguntas que quedaron en el tintero el día que conocí a Rafael, y que luego él me resolvió en una carta, poco antes de morir, fue saber si aquel sabio profesor, llamado Rodríguez-Moñino, era feliz en Baeza. Hubiera sido una grosería por mi parte hacer tal pregunta. Pero me quedó claro que amaba a la ciudad en la que vivía, y a que allí tenía afectos profundos: la Baeza de los años 80 ya no era la misma, sociológicamente hablando, que la que encontró Machado en los duros tiempos que permaneció en ella, enseñando francés en el mismo instituto de Rafael. Pasados los años, imagino qué hubiera pensado de mí Rafael si me hubiera atrevido a preguntarle si era feliz en Baeza. Acaso me hubiera respondido que era pregunta difícil e impertinente. Acaso hubiera respondido con otra pregunta: ¿Qué es la felicidad?... Hay quien dice que ser feliz es poder ejercitar libremente la mente. Pero cada ser humano entiende la felicidad a su manera. No le hice la pregunta, ni otra que rondaba en mi cabeza: lo que en realidad me intrigaba más era saber cómo y por qué un Diplomático había dejado esta prestigiosa carrera para instalarse en Baeza. Nunca imaginé que un día tendría respuesta a mis preguntas. De todos modos, vaya por delante que a mi me pareció aquel día remoto de 1980 que nuestro guía no era feliz del todo... fumaba demasiado, se movía demasiado; yo pensaba en-

[14] R. Rodríguez-Moñino, *Notas* que me facilitó para hacer su biografía. Inéditas.

[15] J. L Cano, *Antonio Machado,* Barcelona, 1982. Machado llegó a Baeza el 29 de octubre de 1912. No fue muy dichoso aquí, por su situación personal, viudo de Leonor, su carácter, y porque pocos vecinos estaban a su altura entonces.

tonces que la felicidad necesita clama, moderación. Era más joven. Hoy opino igual pero con matices: como dijo Lincoln, casi todas las personas son tan felices como deciden serlo. Rafael buscó siempre ser feliz y se apoyó para ello en la familia, los libros y los amigos. Tres buenos soportes. Antonio Machado miró la vida con más pesimismo y se adaptó peor a los lugares y las circunstancias. Por eso creo que eran dos personalidades diferentes y no existe un paralelismo pleno en las vivencias de estos dos grandes escritores que se afincaron por un tiempo en Baeza; uno, equivocadamente, a su pesar; otro, voluntariamente. Pero tenían bastante en común: ambos fueron profesores del mismo centro educativo, estaban dotados de una gran sensibilidad e inteligencia, disfrutaron de los libros, valoraron la amistad y la lealtad, amaron a Andalucía y, por razón de azar, acabaron sus días en Madrid, una ciudad de la que dijo Quevedo que era patria en la que todos caben: un lujo, en tiempos de tantos nacionalismos excluyentes e insensatos.

Pero volvamos a buscar a Rafael en nuestro recuerdo, cuando la mistad no había sellado todavía lazos entre ambos, y tuvimos que dejar al destino que hiciera su trabajo. Hoy, asumiendo que el azar cuenta mucho en la vida de los seres humanos, al echar la mirada atrás, me doy cuenta de que Rafael y yo empujamos un poco a nuestros destinos para que la casualidad acabara uniéndolos. Sí, sin saberlo, estábamos obligando al destino a que nos acercara. Y es que, como alguien afirmó, es el destino quien baraja las cartas, pero somos nosotros los que decidimos el final del juego.... Y pasó el tiempo.

Durante aquellos años de finales de los 80 Rafael siguió en Baeza, investigando e impartiendo docencia, mientras que yo llevaba una vida similar en Úbeda, como profesora del Instituto «San Juan de la Cruz», metida en los archivos históricos y preparando mi tesis doctoral. Por este motivo con alguna frecuencia visitaba por entonces el Archivo Histórico Municipal de Baeza[16]. Allí era muy fácil encontrar al profesor Rafael Rodríguez-Moñino, solo o acompañado por un grupo de alumnos con los que creó toda una escuela de jóvenes historiadores, pues él los inició en el campo de la investigación y los vinculó a la *Asociación Cultural Baezana*[17]. Por lo demás, tampoco era complicado cruzarse con él, o con sus escritos, cuando se requería información documental del archivo catedralicio baezano[18]. Queda pues claro que nuestros encuentros estaban escritos en el aire y de ellos nacería a la larga la relación de amistad que nos ha unido. Una amistad que se fue reforzando la naturalidad: teníamos muchas afinidades y apenas nos separaban nueve kilómetros. Una distancia tan breve que la recorría caminando el poeta Antonio Machado cuando llegaba a Úbeda, después de descansar a la sombra de una encina, compraba tabaco y volvía a su soledad de aquellos años, cuando Baeza se le caía encima y sus amigos lo describían caminando por sus calles a pasos renqueantes, apoyado en un cayado rústico, mal vestido, y con el traje manchado de la ceniza de su permanente cigarrillo. Cuando el poeta se sentía tan solo que pidió a su madre que pasara con él un tiempo en aquella ciudad. Eran tiempos remotos, en los que muchos dicen que estas dos ciudades se llevaban mal, como hermanas que discuten por ser las dos hermosas. Cuando yo conocí a Rafael algo quedaba de aquello, pero poco. Creo que ambos contribuimos a realzar lo que las une a Baeza y a Úbeda y disimular lo

---

[16] Aprovecho la oportunidad para agradecer las facilidades que siempre recibí en este archivo, particularmente de su directora, mi amiga y compañera de Universidad Josefa Inés Montoro.

[17] Esta asociación fue una de las muchas iniciativas culturales que el profesor Rodríguez-Moñino desplegó en Baeza, en este caso acompañado y apoyado por otros estupendos colaboradores, caso del intelectual baezano José Manjón,. Me consta que Rafael apoyó generosamente en Baeza esta iniciativas, dejando en estos empeños su tiempo, su inteligencia y hasta su propio dinero.

[18] Para estas consulta, tan importantes en sus trabajos de investigación, Rafael siempre enviaba al demandante a don Juan Antonio Salcedo que de este centro documental se encarga con constancia. En aquellos años para y cualquier tema relacionado con la historia de Baeza había que recurrir a Rafael y su escuela. Por entonces empecé yo a visitar este archivo. Mi gratitud y recuerdo a su director entonces D. José Melgares Raya, que a tantos investigadores atendió, regalando siempre su sonrisa y su sabiduría.

que las separa. Eso también consolidó nuestra amistad.Y el tiempo siguió su curso, y los vientos siguieron soplando en los cerros de La Loma («¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!», exclamó una vez Goethe). Y así, empujada por Eolo, volví a encontrarme otra vez con el compañero Rafael Rodríguez-Moñino, a quien todavía no llamaba amigo, pues pienso que no se debe usar esa palabra en vano.

Corría ya el año 1993. En esa fecha, mientras yo ultimaba la publicación de mi Tesis Doctoral, don Antonio Domínguez Ortiz[19] nos visitó en Úbeda. Hablamos de los trabajos de Rafael y tratamos el lamentable estado en que estaba quedando la asignatura de Historia en las Enseñanzas Medias y del escaso prestigio que ya tenía el entonces extinto cuerpo de catedráticos de Instituto, al que Domínguez Ortiz se sentía muy orgulloso de haber pertenecido. Precisamente, entre los eminentes catedráticos de Historia que don Antonio conocía en la provincia de Jaén estaba el profesor Rodríguez-Moñino. Había leído algunas de sus publicaciones sobre Jaén, caso de la *Historia del Santuario del Cristo de La Yedra y Nuestra Señora del Rosel* (en colaboración con con José Policarpo Cruz Cabrera). Recuerdo que Domínguez Ortiz tuvo también palabras muy elogiosas a la labor del tío de Rafael ,el eminente bibliógrafo y bibliófilo extremeño Antonio Rodríguez-Moñino, aludiendo al injusto trato que éste recibió al término de la Guerra Civil del 36[20].

Tuve ocasión de conocer mejor a Rafael en años sucesivos. En 1995, siendo delegada provincial de «Hespérides», solicité su colaboración para que representara a Jaén en libro que publicó nuestra Asociación, conmemorativo de los *150 años de las Enseñanzas Medias*. Rafael aceptó inmediatamente este encargo, realizando una excelente síntesis sobre la historia de su Instituto baezano. Recuerdo que viajé hasta Cabra, ciudad elegida para el acto de celebración de dicha efemérides y que, llegado el momento de exponer su trabajo, Rafael tuvo un compromiso que le impidió asistir y hablara por él; para mi fue un honor poder representarle e intenté poner en mis palabras el inmenso amor que nacía del corazón de Rafael cada vez que escribía algo referido a Baeza. Luego, con esa caballerosidad, rara en nuestros tiempos, Rafael me escribió para darme las gracias. Un gesto sencillo, pero que decía mucho de la conducta que le caracteriza, uno de cuyos rasgos es la palabra afable, la gratitud y la lealtad. Esa virtud, ser leal, fue otro gran descubrimiento sobre la personalidad de nuestro biografiado, que me ganó por completo. Creo que fue esa lealtad la que hizo que empezara a llamarle «Amigo», porque la vida te enseña que son muchos más los que olvidan que los que recuerdan los favores recibidos. Por ello es un lujo cruzarse en el camino de la vida con una persona como Rafael, con el corazón limpio y la mirada trasparente.

En años sucesivos el contacto epistolar entre Rafael y yo se mantuvo: nuestras parecidas aficiones y la pertenencia a ciertas instituciones culturales, caso de «Hespérides», las Reales Academias de Córdoba y la de la Historia, y la vinculación a los estudios sobre las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, entre otras, favoreció que aquella amistad siguiera creciendo y reforzando sus lazos; preparándose, sin imaginarlo, para soportar los tiempos duros que llegaban: yo no podía imaginar que muy pronto la adversidad y el dolor llamaría a la puerta de mi amigo Rafael, quien dejaría definitivamente su fría casa baezana. No imaginaba que cada vez sería más difícil vernos, ni que su voz callaría

---

[19] Otro sabio y amigo que se nos fue al lugar de los justos el 21 de enero de 2003. Visitó Úbeda y Baeza conmigo, privadamente, en dos ocasiones. Admiraba la labor de Rafael Rodríguez-Moñino. Realizamos su biografía por encargo de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, y su voz para el *Diccionario Biográfico Español*, RAH. A. Tarifa Fernández,"Antonio Domínguez Ortiz: semblanza de un historiador andaluz", biografía y estudio preliminar de la obra de Domínguez Ortiz , *Alteraciones andaluzas,* (1973), Sevilla, Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, 1999, pags.15-74; "Un paseo por Sevilla con Don Antonio Domínguez Ortiz. Entre la Historia y la enciclopedia Álvarez", en Revista de *Hespérides,* Alcalá la Real, ed. Hespérides (2000), págs 14-17; "Antonio Domínguez Ortiz, un andaluz universal", Estudio Introductorio de la obra de Domínguez Ortiz, *Andalucía ayer y hoy* (1983*),* Málaga, Ed. Sarriá, 2002, págs 4-17.

[20] R. Rodríguez-Moñino, *La vida y la obra del bibliófilo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino,* Madrid, 2002.

por un tiempo. Había llegado el invierno tras una primavera de esperanza. Pero Rafael era fuerte, valiente, quería luchar por la vida, y la muerte esperó unos años.

Con la enfermedad y su traslado definitivo a Madrid en 1998, nos sentimos más cerca que antes. En aquellos momentos críticos, Rafael me daría una nueva prueba de su grandeza como ser humano. Porque en su dolor puso a prueba sus muchas virtudes: dignidad, valentía, generosidad; en una carta que llegó a mi casa en las Navidades de 1996-97 me dijo que su voz se había apagado, pero que le quedaba papel y pluma, y mucho que decir a sus amigos. Y pasó un año más... Y hoy recuerdo con gran ternura la primera imagen que tuve de mi amigo Rafael cuando lo volví a abrazar en Baeza, en sus tiempos de lucha, de dolor y de entereza. Lo vi llegar un atardecer a su antiguo Instituto (con su hermana Julia y su amiga María José Llorente), silencioso, pero con una sonrisa alegre en la cara, seguramente porque había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre su pasado y proyectar un futuro de esperanza. Llegó, ligero de equipaje, cargado sólo con un nuevo libro sobre la historia de las cofradías de la Semana Santa de Baeza, hermosísimo, realizado en colaboración con otros conocedores de esta festividad, en especial con el profesor de Historia del Arte de la Universidad de Granada, don José Policarpo Cruz Cabrera. Llegó vestido con la valentía auténtica que tienen los seres humanos que se despojan de todo tipo de soberbia; llegó a Baeza, aún convaleciente, para que lo vieran, lo abrazaran y aplaudieran sus amigos, sus alumnos y muchos vecinos de Baeza, que no cabían en el paraninfo de la Universidad. No podía hablar y pidió, con esa grandeza humana que tienen los que son capaces de pedir ayuda a un amigo, que le prestaran voz para hacer la presentación del libro, otro de sus regalos a la ciudad que tanto amó. Aquella tarde lo miré de nuevo y lo vi convertido en un gigante, moral y físicamente, y pensé en lo que decía un sabio, maestro en el arte de la amistad, Séneca, afirmando que se ve mejor la grandeza del sol cuando parece que comienza a eclipsarse, porque es ese el inicio de un nuevo amanecer. Asistí a aquel emotivo acto sentada en un banco del lado derecho del paraninfo de la antigua Universidad, cargado de recuerdos hacia san Juan de Ávila, el santo Juan de la Cruz y tantos otros fantasmas del ayer que también parecían sentirse allí cómodos y satisfechos. Me acompañaban esa tarde Juan, mi marido, el profesor Luis Coronas[21] y su mujer, Araceli, con quienes habíamos pasado el día en Úbeda, recorriendo las juderías de la sabia mano de Pepe Almagro. Fue una jornada feliz, que tuvo su broche de oro al mirar la cara de Rafael, escuchar los primeros ensayos de su «segunda voz» y ver el brillo de sus ojos inquietos; su figura menuda, su tímida sonrisa, su emoción mal contenida y su silencio me transmitió paz y sentí el inmenso orgullo de contar con un amigo como Rafael, que nunca defrauda. Nos despedimos al anochecer con un abrazo fuerte, en el patio de una Universidad andaluza por el que siguen los fantasmas de los Alumbrados. Y pasaron los días, los meses, y las cartas continuaron...

Luego, en su segundo renacer a la vida, llegaron para nosotros más encuentros felices. Uno fue en Baeza, presentando en la sala capitular del Ayuntamiento nuestros libros *Breve Historia de Baeza*, de Rafael (y de Policarpo Cruz) y mi *Breve Historia de Úbeda.* Compartimos después mesa y mantel con amigos comunes y con el entonces alcalde de Baeza, Eusebio Ortega. Volvimos a coincidir en Madrid, en la Real Academia de la Historia, en las Jornadas realizadas para preparar el *Diccionario Biográfico Español*[22], y en San Lorenzo de El Escorial, en el Real Colegio Universitario «Escorial-María Cristina», escenario de la primera juventud de Rafael, durante los Simposium que organiza a la perfección nuestro común amigo el profesor Francisco Javier Campos. Y así nuestra amistad rejuveneció, pues los

[21] Luis Coronas dirigía entonces la Tesis doctoral de Rafael. La defendió después de su operación.

[22] Rodríguez-Moñino ha redactado varias biografías de personajes baezanos para esta obra de la RAH, que, coordina don Quintín Aldea, bibliotecario perpetuo de la institución y dirige técnicamente don Jaime Olmedo, quienes también valoraron siempre la importante labor de este historiador y le consideraron un amigo.

amigos ciertos se conocen en los momentos inciertos. Una amistad que ni la muerte pudo doblegar porque la vida de los muertos sigue en la memoria de quienes les recuerdan con cariño. Por eso, para que la memoria de este escritor enamorado de Jaén, de Baeza, de sus paisajes y sus gentes, sea eterna, vamos a contar su vida en este libro. Pues los libros alentaron la vida de Rafael Rodríguez-Moñino, y mantendrán su memoria.

2. La infancia: Extremadura, 1935-41

«*Si quieres hallar en cualquier parte amistad, dulzura y poesía, llévalas contigo*». G. Duhamel

Rafael Rodríguez-Moñino nació en Badajoz, en 15 de septiembre de 1935, festividad de la Virgen de los Dolores, cuando la II República, que tantas esperanzas despertó entre gran parte de la población, se debatía entre profundas crisis y contradicciones internas. Cuando Antonio Machado disfruta, al fin, de sus soñado destino en el Instituto Calderón de la Barca de Madrid, desde octubre de 1932, ha vuelto a encontrar la paz familiar en su casa de la calle del General Arrando, en compañía de su madre y su hermano José, enamorado ahora de Guiomar, con quien se solía encontrar semanalmente en los jardines de la Moncloa. Eran tiempos felices, en los que los Machado frecuentan tertulias de amigos, como la de Unamuno en el café Varela. Unas tertulias siempre politizadas, porque los españoles no ganaban para sustos desde que comenzara la centuria[23]. Ciertamente con los ecos amargos del desastre del 98 a las espaldas, la situación de España en los comienzos del siglo XX no era para lanzar campanas al aire: el reinado de Alfonso XIII supuso el ocaso del sistema de la Restauración al descomponerse el modelo canovista. Luego al producirse la crisis de 1917, se manifestaron de modo palpable la gravedad de los problemas de toda índole que afectaba a España, donde los nacionalismos separatistas, la falta de solidaridad de la oligarquía poderosa, las guerras exteriores, los disturbios obreros y la violencia callejera favorecieron el creciente protagonismo del ejército. Todo ello condujo, con el consentimiento del rey, a la Dictadura de Primo de Rivera, que acabó con sistema constitucional. Esta dictadura militar, inserta en la crisis de las democracias occidentales de la época, tomó algunas medidas para mejorar la economía pero tendió a institucionalizarse. Ya avanzado el siglo, se hizo notar también el impacto de la crisis económica mundial del 29, a lo que se unieron los errores cometidos por Primo de Rivera en sus últimos años. Todo ello aceleró el final de esta experiencia antidemocrática que arrastró con ella al régimen monárquico.

Cuando Rafael está a punto de abrir los ojos en aquella España, llegó la II República, un régimen que quiso ser plenamente democrático al implantarse el sufragio universal en la Constitución de 1931[24]. De hecho, las primeras medidas del gobierno republicano abordaron algunos de los graves problemas de España; pero la precaria situación económica, los graves enfrentamientos sociales y el radicalismo nacionalista frustraron pronto sus expectativas. En este contexto nace nuestro protagonista, aunque él tuvo la fortuna de llegar a una familia que intentó darle lo que más necesita un niño: amor y educación. Por ello nuestro personaje guarda gratos recuerdos de aquella primera infancia en Extremadura, rodeado de sus padres, su hermana Rosario (Julia nació más tarde) y otros familiares entre los que citaremos de modo especial a su tío D. Antonio Rodríguez-Moñino, insigne escritor ya entonces, bibliógrafo y bibliófilo y catedrático de Instituto, entre otros méritos, quien influyó mucho en la posterior formación académica de su sobrino, nuestro historiador Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. Pero esto sucedió posteriormente: cuando nació Rafael su tío Antonio, tras licenciarse en Filosofía y Letras y en Derecho, andaba muy ocupado dentro y

[23] Para el contexto general de la época remitimos a la Hemeroteca y a obras generales, entre otras, G. Brenan, *El Laberinto español(1874-1936)*, Barcelona, 1978; R. Carr, *España 1808-1975*, Barcelona, 1988, y A. Tarifa, J. Machado y otros, *Historia de España*, Sevilla, 2002 (coord. A. Tarifa)

[24] N. Townson, *La República que no pudo ser*, Madrid, 2002

fuera de la patria nativa, y comenzaba a destacar por sus dotes intelectuales, recibiendo los primeros reconocimientos públicos. Él, como muchos intelectuales de entonces, se había identificado con los ideales más nobles de la República, aunque pronto notaron que aquellos no se reflejaban en la realidad política española.

La familia de Rafael vivía en 1935 en la calle de Venegas en Badajoz, dentro de la collación de San Andrés, en cuya iglesia homónima fue bautizado, como sus hermanas Rosario y Julia de la Paz y los hijos de su tía Rosario. Era, pues, una pila bautismal bien conocida para la familia desde el primer tercio del siglo XX; el bautizante fue el canónigo de la catedral de Badajoz, gran amigo de la familia Rodríguez-Moñino, don Ildefonso Jiménez Andrade, eclesiástico que en tardes invernales giraba paseos por la ciudad en compañía de uno de los abuelos de Rafael, don Rafael Rodríguez-Moñino, y de los marqueses de Campolataro (don Antonio del Solar) y de Rianzuela. Tanto la calle de Venegas como la plaza y la parroquia de San Andrés están en el centro del Badajoz histórico, y ese fue el primer escenario que conoció un niño de los ojos vivaces, nuestro protagonista.

Los padres de Rafael fueron don Rafael Rodríguez-Moñino (este apellido fue unido en 1941) Rodríguez, y doña Francisca Soriano y Solís. Si buscamos en el árbol familiar de nuestro personaje, encontramos en él una ilustre y documentada línea genealógica. Su abuela paterna fue doña Rosario Rodríguez Mateos de Porras (o Porres) y los abuelos maternos doña Julia de Solís Marina y don Pedro Soriano Lozano, éste de la localidad pacense de Alange (Termas Romanas), reconocido político perteneciente al partido conservador, que mucho trabajó en defensa del mismo junto al gran bibliófilo y político don Manuel Pérez de Guzmán y Boza, I marqués de Jerez de los Caballeros, y de los ministros D. Antonio Maura, el marqués de Vadillo y el liberal D. Amós Salvador; datos que ha recogido nuestro biografiado en su libro *Viejas Estampas Históricas de Extremadura*, con prólogo de D. Alfonso Bullón de Mendoza, marqués de Selva Alegre. Respecto al abuelo materno, el ya citado D. Rafael Rodríguez-Moñino, cabe decir que nació en Fuente de Cantos, población de Badajoz. Este abuelo paterno fue funcionario de Administración Local, y en el año que nació Rafael era jefe de Administración Civil de Badajoz, y miembro y vicepresidente de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de esta ciudad extremeña[25].

Siguiendo la pista a los primeros miembros, documentalmente conocidos, de la familia Moñino, averiguamos que llegaron desde zonas levantinas de la península y de la Tierra de Los Cameros a Extremadura, sirviendo a reyes de Aragón y después de Castilla y León, en el siglo XIII, como capitanes en las huestes de Fernando III el Santo, y desde entonces, esencialmente, se establecieron en Trujillo, como alcaides de una de las torres de su castillo; fueron caballeros de las Ordenes Militares de Santiago y de La Banda. De Cáceres fueron los Mateos de Porras, ricos hacendados que se establecieron en Calzadilla de los Barros, encomienda de Santiago, y donde nacería el destacado biliógrafo D. Antonio Rodríguez-Moñino y el padre de Rafael, al ser entonces el padre de ambos secretario del Ayuntamiento de dicha villa. Dato curioso de la saga familiar es el hecho de que un clérigo de la rama Mateos de Porras fue comisario del tribunal de la Inquisición de Llerena, a finales del siglo XVIII. También cabe destacar que otros miembros de esta rama pertenecieron a la facción carlista en el XIX, en la que obtendrían dos títulos nobiliarios concedidos por el pretendiente don Carlos María Isidro. Respecto a los Solís hemos de decir que también son de raíz cacereña y su solar se halla en la llamada Casa del Sol en Cáceres.

Todo lo expuesto tiene que ver con la trayectoria vital de nuestro personaje, moldeado en una vida familiar respetuosa con las tradiciones, en una tierra que fue patria de viajeros valientes, y defensores de la cultura. De hecho, tanto para D. Antonio como para Rafael la vinculación al solar de sus mayores, particularmente a las tierras de Extremadura, fue una constante en sus vidas. Volviendo al entronque con el linaje fami-

[25] Procede esta información, y la relativa a datos biograficos que sigue, de las detalladas *Notas*, ya citadas, que nos facilitó Rafael Rodríguez-Moñino.

liar de nuestro amigo, cabe decir que, aunque no podemos saber si algunos de sus antepasados tuvo el vicio de la indolencia, en la mayoría de los casos nos consta que predominan en los rasgos del carácter familiar la laboriosidad, además de una tendencia al compromiso con las ideas en las que se cree, aunque haya que pagar un tributo alto por ello. Otros valores característicos de esta familia fueron su sobriedad en la vida cotidiana, su honradez, su constancia en las metas, su amor a los libros y a todas las manifestaciones culturales, y su afición al genero epistolar. Rafael refleja pues los mejores valores de su ilustre linaje. Pero volvamos a los primeros años de la vida de nuestro biografiado.

Si echamos un vistazo a lo que acontecía en el mundo en los años de la primera infancia de Rafael, encontramos más sombras que luces: en 1935 la URSS endurece las medidas represivas, ampliando la pena de muerte a los que cometan delitos graves hasta la edad de 12 años; en Alemania la SS controla ya siete campos de exterminio, mientras que la Sociedad de Naciones condena el rearme alemán. En España, el 16 de diciembre de 1935, el PSOE pacta con los sectores más radicales de la izquierda, y con grupos nacionalistas, como el PNV y nace el Frente Popular. El olor a sangre y violencia estaba en el ambiente mientras Rafael abre los ojos a la vida en Badajoz. Pero el niño no lo percibe, mimado por su familia y aprendiendo muy pronto, en su casa, las primeras letras, en compañía de su hermana Rosario. También juega mucho con sus primos hermanos, sobre todo por la rama familiar de la madre[26]. Todo ello sucedía durante la Guerra Civil tras la toma de Badajoz por las tropas de Franco, cuando el drama de las dos España mostró su lado más amargo. Pero para un niño tan pequeño, que cumplió cuatro años al fin de la contienda, aquellos horrores no podían tener la misma dimensión que para los adultos. Por entonces su tío Antonio vivía en Madrid, pasando también a Valencia y al frente extremeño. Por ello nuestro personaje tardó algún tiempo en saber los avatares que su ilustre tío padeció mientras él despertaba a vida[27]. Sin embargo esto acabó influyendo mucho en el futuro profesional de nuestro personaje.

De su tío Antonio, de sus padres y abuelos, Rafael Rodríguez-Moñino heredó su gran pasión por los libros, la investigación histórica y la cultura, y su ejemplo de honradez humana, un rasgo distintivo del carácter familiar, uno de cuyos mejores exponentes fue el padre de nuestro biografiado, D. Rafael Rodríguez-Moñino Rodríguez, quien encaminó su carrera profesional hacia el Derecho, ejerciendo él como secretario del Ayuntamiento de Badajoz hasta 1941. Precisamente ese año fue un año amargo para la familia, pues muere el abuelo materno de nuestro protagonista en el mes de diciembre. Por entonces, cuando Rafael rondaba los seis años, su familia se traslada a Málaga al ocupar su padre el cargo de interventor general de fondos del Ayuntamiento de la ciudad. En adelante el pequeño Rafael, ya más conscientemente, despertará a la vida en Málaga, una ciudad alegre para él, pese a las penurias de aquellos tiempos, a los racionamientos y al llamado «estraperlo»; también comienza su etapa de formación escolar reglada. Fue poco antes del traslado a Málaga cuando Rafael conoció directamente a su tío Antonio Rodríguez-Moñino y a la esposa de éste, María Brey Mariño. Como se pone de manifiesto consultando la producción bibliográfica que Rafael dedicada a ambas figuras, los admiró profundamente y los dos fueron pilares importantísimos de su vida, especialmente en el aspecto cultural. De hecho, fue don Antonio quien, ya licenciado en Derecho le aconsejó hacer las Oposiciones a la Carrera Diplomática pues era la única profe-

[26] Recordaba que con frecuencia los llevaban a pasear y a jugar a la Plaza de San Francisco, al parque de Castelar, a la avenida de Huelva y a las murallas Vauvan, y desde la Puerta de Palmas, cruzando el Guadiana, hacia la raya con Portugal. En sus *Notas* (inédito)

[27] Don Antonio Rodríguez- Moñino, en Madrid, fue designado por la República vocal de la Junta de Incautación y Salvación del Patrimonio Nacional. Su amor a los libros, los archivos y las bibliotecas le comprometieron con una causa política que difícilmente él supo comprender pero que luego le llevaron a un largo ostracismo en la Política que de ella le apartaron, pero que la misa fue castigado a partir de 1939. Datos recogidos en *Vida y Obra del Bibliófilo..,* Op. cit. Nuestro protagonista se enteró pronto de aquella situación porque la familia siempre apoyó a su tío y se comentaban a veces sus problemas en su casa.

sión que le permitiría en un momento dado «hacer las maletas y salir de España». Unos pensamientos y palabras que sólo se entienden de veras cuando se lee la excelente biografía que Rafael ha escrito sobre su tío Antonio, obra que ya hemos citado y que, a nuestro juicio, deberían conocer todos los españoles de hoy pues sólo estudiando aquella etapa de nuestro pasado, y los muchos errores cometidos, podremos construir un futuro mejor[28].

Entre los años 40-50, a caballo entre Extremadura y Andalucía, fue cuando la personalidad de Rafael se empezó a perfilar. Su vida se mueve entre Badajoz y Málaga: entre la patria de la infancia y la patria de adopción. Entre la infancia y la adolescencia. Retomemos, pues, la historia donde la dejamos, allá por el año 1940[29]. Por entonces la Prensa se hacía eco de los pactos entre Hitler y Mussolini, y proliferaban en Europa los campos de exterminio, los alemanes entraban en París, los ingleses desembarcaban en Dinkerque; Churchill era nombrado primer ministro. Ese año murió Manuel Azaña, el 4 de noviembre, bajo la protección del gobierno mexicano. También murió ese año, en una prisión sevillana, el socialista Julián Besteiro, que destacó en revueltas o huelgas como la de 1917 y mantuvo una actitud crítica hacia el radicalismo de socialistas y comunistas durante la Guerra Civil[30]. Por entonces la familia de nuestro protagonista sigue viviendo en Badajoz, primero en la ya mencionada casa de la calle de Venegas y en otra de la calle de Arias Montana, antes de la Sal. Poco antes Antonio Machado falleció en Colliure, acaso porque había perdido la esperanza. Así se lo dijo a su hermano José poco antes de morir, cuando ya no hay porvenir por estar cerrado el horizonte a toda esperanza, «es ya la muerte lo que llega». Después de eso sólo quiso ver el mar, antes de morir, un atardecer muy frío de febrero de 1939, con su último verso escrito en un arrugado papel que encontraron en un bolsillo de su desaliñado gabán: «Estos días azules y este sol de la infancia». Otros intelectuales, más jóvenes, más ilusionados y más fuertes, le plantaron cara al destino: Antonio Rodríguez-Moñino redactaba unos Cuadernos, en mayo de ese año de 1939, relatando a su amigo el marqués del Saltillo, sus actuaciones en Madrid en la labor de defensa de bienes culturales, «cuando el autor esperaba ir de un momento a otro a la cárcel». También ese año le llegó la orden del Ministro de Educación, Ibáñez Martín dándole de baja en el escalafón de catedráticos de Institutos Pero, como decíamos antes, la esperanza es la línea fina que separa a veces la vida de la muerte. Esperanza y luz, mucha luz es lo que esperaba por delante el pequeño Rafael, que va camino de Málaga, allá por el año 1941, cuando su padre es destinado como Interventor General de Fondos al Ayuntamiento de Málaga.

---

[28] Los detalles de su vida que me facilitó Rafael indican con claridad lo mucho que influyó en la familia el hecho de que su tío Antonio padeciera tantas dificultades tras la Guerra Civil. Procesos que culminaron en una gran marginación que tuvo su momento álgido entre 1959-1966, cuando reiteradamente se niega su entrada como numerario en la Real Academia Española de la Lengua, y en 1966, cuando la satisfacción de su ingreso en la Academia coincide con el final de su proceso de depuración, aunque éste se salda con un «humillante» destierro al Instituto de Valdepeñas. Pero para entonces D. Antonio ya se había instalado en Estados Unidos, como profesor titular de Literatura Española en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad californiana de Berkeley. Detalles sobre la peripecia vital que vivió este gran intelectual español, llamado por el gran hispanista francés Marcel Bataillon «príncipe de los bibliógrafos españoles», que traemos a colación no sólo por el parentesco directo que le une a nuestro biografiado, sino porque pensamos que es todo un símbolo de lo que España vivió aquellos oscuros años en los que mientras D. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano recorre la infancia y primeros años de juventud, recordando los consejos de su tio y escuchando a veces de la familia la historia que éste tuvo que vivir al acabar la Guerra Civil. Aunque justo es reconocer que tampoco los republicanos quedaron libres de culpa en el desastre, humano y cultural, que acompañó a la Guerra del 36: en op. cit, y Notas autógrafas (inéditas).

[29] Me comentó Rafael que en esta fecha recibe de su tio Antonio un grabado francés del XVIII (que siempre conservó), representando a un pastor tocando la flauta con el fin de consolar sus deseos insatisfechos al no poder ir a las escuelas municipales , no lejos de la casa donde habitaben sus abuelos. *Ibidem*

[30] Su muerte se produjo un mes antes de que Franco y Hitler se entrevistaran en Hendaya, el 22 de octubre de 1940.

3. Málaga, entre la infancia y la adolescencia (1941-52)

«Más vale buena esperanza que ruin posesión». Miguel de Cervantes

En 1941 la familia vivirá en la ciudad malagueña en dos casas distintas. Al principio habitaron una vivienda situada en el comienzo de la avenida del Pintor Sorolla, ya en Predregalejo, frente al balneario del Carmen. Luego, durante el resto del tiempo que permaneció su padre en Málaga, en la calle de Cervantes, al final del Parque y de la actual plaza del general Torrijos. La casa de la familia de Rafael se hallaba frente a la Plaza de Toros, esquinera con el citado Paseo de Reding, era conocida como «El Desfile del Amor», obra catalogada, como una de las de Badajoz, perteneciente al Art-Deco, cuyo arquitecto fue D. José González Edo. En el tercer piso de este emblemático edificio vivió la familia Moñino, al lado de la vivienda que ocupó el autor del edificio, con espléndidas vista al Gibralfaro, el Parque, el Ayuntamiento, la torre de la catedral, el mar en todo su amplitud y el hospital municipal, del XIX, llamado Noble por el nombre de su fundador, asistido por monjas de la Caridad de San Vicente de Paul[31].

Durante los dos primeros años de estancia en Málaga, entre 1941 y 1942, nuestro personaje y sus hermanas fueron instruidos directamente por sus padres. También por una profesora austriaca, frau Hilde[32] y por otra malagueña, doña Eulalia Yagüe, en Aritmética, Gramática española, Geografía e Historia de España. Por aquellos años Málaga apenas llegaba a los 300.000 habitantes y se recuperaba lentamente de los desastres causados por la Guerra Civil del 36. Su comercio estaba muy dañado por la coyuntura política aislacionista, la Industria estancada, aunque se fundó Instituto Nacional de Industria en septiembre de 1941, que acabará beneficiando más al sector privado que al público. La Agricultura seguía siendo una fuente de riquezas, pese a que no se habían introducido aún nuevos cultivos y técnicas modernas. Por entonces era difícil imaginar que el Turismo sería la gallina de los huevos de oro para esta ciudad ya tan remota en aquellos años en los que la Prensa malagueña (*«El Sur»*, *«La Tarde»* y la *«Hoja del Lunes»*) se hacía eco de la salida de España de la División Azul, compuesta por voluntarios dispuestos a luchar contra el Comunismo soviético en la propia URSS. En los cines se proyecta la película *Marianela*, interpretada por Mary Carrillo; pero el éxito más clamoroso se lo lleva *Raza*, que se estrenó en Madrid el 8 de enero de 1942, y cuyo guión se atribuye a Franco. Por la prensa y la radio se supo que Franco destituyó al ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, a la búsqueda de un ministro con perfil anglófilo, porque los acontecimientos exteriores así lo imponían; Ese año acabó con una nota positiva en el campo social: se aprueba el decreto para crear un Seguro Obligatorio de Enfermedad. La Segunda Guerra Mundial sigue manchando al mundo de sangre , y el NO-DO, creado el 17 de diciembre de 1942, permitirá a muchos españoles ver por vez primera lo que escuchan en sus viejos aparatos de radio, aunque la censura actuaba a su antojo. Es entonces cuando Rafael, nuestro protagonista, ya ha visto cumplida una de sus primera ilusiones: ir al colegio como los demás niños.

Cuando Rafael iba a cumplir 7 años, él y su hermana Rosario ingresan en sendos colegios: ella en el Colegio de la Institución Teresiana del Padre Poveda, que se hallaba en un viejo caserón de la calle de Pedro de Toledo, cerca del Colegio de San Agustín, ya hoy desparecido. Él, en San Agustín, con iglesia y convento propios, perteneciente a una comunidad de Agustinos Calzados. Ambos centros estan muy próximos a la catedral y a la iglesia parroquial del Sagrario. Rafael recordaba las primeras imágenes de su llegada al colegio[33]. Desgraciadamente, todo el recinto, como tantos otros conventos y templos

[31] En su capilla hicieron Rafael y sus hermanas la Primera Comunión, tras recibir la el sacramento de la primera confesión, de manos de un canónigo de la catedral malagueña, capellán del hospital.

[32] Rafael recordaba que balbuceaban muy de niño el idioma alemán y cantaban en esta lengua, jugando al escondite y a representar cuentos de hadas y de enanitos con su hermana Rosario.

de Málaga, fue asolado y quemado en mayo de 1931, una parcela amarga de la historia de esta ciudad que han relatado numerosos historiadores, algunos tras haberlo vivido directamente como Gerald Brenan, quien entonces habitaba muy cerca de la capital malagueña. Este historiador escribió que al comienzo de la Guerra del 36 en las iglesias pusieron carteles firmados por la CNT y la FAI, pidiendo respeto «a la propiedad del pueblo», pero que no hacía falta tal medida pues apenas quedaba nada por destrozar dado que «Málaga tuvo ya su orgía de templos quemados de 1931, cuando los anarquistas incendiaron unos treinta conventos e iglesias[34] ». Por ello los profesores explicaban a aquellos colegiales (entre los que estaba Rafael) que si el colegio y todo lo demás existía era porque había sido reconstruido tras aquellos vergonzosos incendios de mayo de 1931, cuando se perdieron infinidad de joyas escultóricas de Málaga, como el Entierro, de Fernando Ortiz, en San Agustín[35]. El interés que estas vivencias tuvieron en Rafael se pone de manifiesto en su producción bibliográfica, dado que escribió una obra relativa a la *Escultura Barroca de Málaga*[36], dedicada al fraile agustino, su profesor de Historia, padre Andrés Llordén, uno de sus mejores maestros.

Para el joven Rafael Rodríguez-Moñino Soriano esta formación religiosa influyó mucho en su vida: nunca olvidó sus felices años de colegial en Málaga y rememoraba con nostalgia y cariño las aulas de San Agustín, el rezo diario del rosario en el templo, la confesión sacramental de los sábados, haciendo cola para llegar al bondadoso padre J. Noriega, la misa comunitaria el domingo, su alejamiento total del juego del futbol, su amistad con compañeros que, caminado en contra de lo que estaba más de moda entonces, tampoco se sentían atraídos por semejante deporte. Recordaba los Ejercicios Espirituales en la Cuaresma, con arrepentimientos y temblores por los pecados cometidos; las novenas a Santa Rita y a la Virgen de Consolación y Correa, ni su participación en el coro del colegio, dirigido por el padre Domingo Fernández. Y siempre tuvo presentes a los primeros amigos cuya estrecha relación perduró hasta su muerte[37] .

El final de aquellos años de colegial iba ligado a una prueba importante y dura, que hoy traumatizaría a nuestros frágiles adolescentes, pero que entonces no mataba a ninguno, que sepamos: el Examen de Estado, una gran «Revalida», que se realizaba en la Universidad de Granada, porque Málaga aún no gozaba de centro universitario. Y a la ciudad de la Alhambra, pertrechados de muchos años de estudio, acudían los bachilleres de Málaga si querían obtener un título que les abriera el camino a la Universidad[38]. Superada la prueba, aquel flamante bachiller, aprendiz de escritor, tenía entonces 17 años de su edad, ya apuntaba claramente hacia el cam-

---

[33] Este edificio que se debe al arquitecto del XVIII Martín de Aldehuela, R. Rodríguez Moñino, *La ciudad de Málaga en el periodo de transición entre los siglos XVIII y XIX. Sentir religioso y urbanismo histórico,* Op. cit.

[34] G. Benan, *Memoria personal, 1920-1975*, Madrid, 1979, pp. 307 y ss.

[35] Sólo la suerte hizo posible que se salvaran otras, vinculadas a la infancia colegial de Rafael, caso de la imagen de la Virgen de las Angustias que recibió culto en el templo agustiniano hasta que el colegio fue trasladado a las afueras de la ciudad; entonces la imagen pasó (y allí recibe culto) a la vecina abadía de Santa Ana, de religiosas del Císter, lugar de enterramiento de dos hijas del gran Pedro de Mena, Andrea y Claudia, monjas profesas en el cenobio; *La ciudad de Málaga...,* Op. cit.

[36] Publicada por Ed Beturia, Madrid, 2000.

[37] Con ellos celebraba una tertulia el primer jueves de cada mes (surgió esta idea de Gabriel Varo Zurera), y a ella acudía Rafael, siempre que le era posible, bimensualmente. Habida cuenta de que han transcurrido más de cincuenta desde que aquella promoción salió del colegio, cabe imaginar lo fuertes y estrechos que fueron los lazos de amistad que se trenzaron en aquel colegio de San Agustín, Y es que, como bien escribió Pedro Antonio de Alarcón, la patria de los hombres es la infancia.Y la primera juventud es la etapa en la que uno se muestra en los amigos que elige. Rafael supo elegir.

[38] Tan Importante era aquella prueba que resulta raro que un alumno haya olvidado las preguntas que le tocaron. Rafael recordaba que uno de los dos temas de la Redacción que les cupo en suerte fue un comentario al dicho «El Sentido Común es el menos Común de los Sentidos», que fue el que él eligió. Luego supo que sólo dos alumnos optaron por este tema, nada fácil de razonar, como diría Cela, pues había que buscar a la dicha redacción su argumento. trama, nudo, y desenlace. De lo singular de su elección se enteró Rafael por la Prensa, ya que apareció tal noticia en el diario «*Ideal*», de Granada. *Notas,* inéditas. Op. Cit.

po de las Letras. De hecho, al año siguiente vio publicado en el diario «*La Tarde*», de Málaga, su primer trabajo literario: «Allá en Segovia».

Un nuevo giro se preparaba en su vida, que acabó por alejarle físicamente de Málaga, aunque nunca de corazón. Pero antes de entrar en esa nueva etapa queremos añadir algunos detalles más sobre los felices años de la adolescencia en Málaga de Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. Sobre sus afectos, aficiones y devociones. Acerca de ello me contó él que, con algunos de estos amigos del Bachillerato, se entregó de pleno a conocer, sentir y vivir la Semana Santa, admirada también por toda su familia; con ella presenciaba las procesiones en los primeros años de estancia en Málaga en la calle de Larios o en la tribuna de la entonces llamada «plaza de José Antonio». Los últimos años de Málaga el espectáculo religioso era contemplado, junto a su hermana Rosario, desde algunos balcones de esta calle de Larios, en los domicilios de los doctores Pérez Brián y Santos Ayuso, con cuyos hijos tenían muy estrecha amistad. El «apasionamiento» cofradiero lo compartió también con otro compañero del colegio: Francisco Pérez Montoro. Rafael fue hermano activo de dos cofradías malagueñas: «El Coronado de Espinas (que así era llamada entonces la actual hermandad de «Los Estudiantes») y la Virgen de Gracia y Esperanza, cuya sede fue primero la propia iglesia de creación de la hermandad: San Agustín, y luego la iglesia del Cristo de la Salud. Y la archicofradía del Santo Cristo de la Sangre y la Virgen de Consolación y Lágrimas, con sede entonces y ahora en la parroquia de la Santa Cruz y San Felipe Neri; asistía en esta última, en las procesiones, de «bastonero»; en la del «Coronado» fue siempre de «campanillero». Recordaba con nostalgia la cara de gozo de su hermana Julia cuando lo contemplaba con embeleso cada Lunes y cada Miércoles Santo vestido de Nazareno, procesionando por la Alameda Principal malagueña o en la rotonda a la entrada de calle de Larios donde se levanta la estatua del marqués de Larios. Eran días de paz y de felicidad. Días en que, acaso, conoció los primeros flechazos de Cúpido, platónicos, desde luego[39]. Los avatares de la vida acabarían convirtiéndole en un alma solitaria.

Con desolación y tristeza se fueron de Málaga cuando don Rafael Rodríguez-Moñino Rodríguez fue destinado a Valencia como secretario general de su Ayuntamiento[40]. En realidad, ninguno de los tres hermanos perdió el cariño y el recuerdo hacia la ciudad malacitana. Pero la circunstancias mandaban: cumplidos los 17 años el domicilio familiar se instala en Valencia y Rafael es enviado a San Lorenzo de El Escorial, lugar que eligen sus padres, siguiendo la tradición familiar, para que comience sus estudios universitarios. Todo ello sucedería en la década de los 50, unos años cruciales en la Historia española y trascendentales en la vida de nuestro protagonista.

4. Los años de Universidad en El Escorial: 1952-58.

«Algunos te llamaran sabio por lo que dices, pero procura que también te lo llamen por lo que haces». Francisco Javier Campos

Como ya dijimos antes, al finalizar el Bachillerato, y siguiendo una tradición familiar, Rafael Rodríguez-Moñino fue enviado al Real Colegio Universitario «Escorial-María Cristina», dependiente de la entonces Universidad Central, hoy Complutense, de Madrid. Es una de las épo-

[39] Rafael me confesó que sólo había tenido una «novia oficial», María José Duato, de Valencia, tía de dos artistas bien conocidos hoy en el mundo de las artes escénicas.

[40] Aparte de los muchos amigos que Rafael Rodríguez-Moñino hizo en su colegio de San Agustín, también recordaba con gran respeto y cariño a sus profesores, por el alto nivel académico de la enseñanza recibida en aquél, y la influencia que en él ejercieron algunos de ellos, como don Manuel Laza Palacios, de Latín; don Mariano López, de Ciencias Naturales y los padres Domingo Fernández y Andrés Llordén.. Además de la formación recibida en el colegio de agustinos, maestros de Rafael fueron también su tio Antonio y, asimismo, y don Enrique Tierno Galván, que preparaba el ejercicio de Cultura a los opositores que se disponían para ingresar en la Carrera Diplomática, y doña María Brey, esposa del citado don Antonio, en cuanto a la forma y sistema de disponer los trabajos literarios e históricos para su correcta y firme publicación.

cas decisivas de su vida. El nuevo universitario se dio cuenta pronto de que no disfrutaba estudiando las materias jurídicas, con la excepción de la Historia del Derecho. Es decir, tenía más vocación de historiador que de licenciado en Derecho. Pero puso empeño para acabar la carrera que le habían señalado sus mayores como la más adecuada para él, sobre todo en vísperas de los exámenes[41]. Estaba interno en este centro y durante dos cursos, cuarto y quinto, vivió en la misma habitación o «celda» que había sido de don Manuel Azaña Díaz, cuya ventana está ubicada en la fachada principal del edificio, vecina de «El Jardín de los Frailes» o de la dehesa de «La Herrería»[42]. Entre los años 50-60, cuando el joven Rafael Rodríguez-Moñino Soriano estudió en Real Colegio Universitario «Escorial-María Cristina», pasaron acontecimientos importantes en el mundo. España iba mejorando su situación económica en ese «decenio contradictorio», dado que se produjo la paradoja de que cuando el Estado Franquista iba siendo reconocido internacionalmente, tras el largo y duro periodo de aislamiento y autarquía que siguió a la Guerra Civil, dentro de España se agravaron los problemas y crecieron las tensiones sociales. En 1951 Franco había formado un nuevo gabinete de gobierno, dirigido por figuras tan relevantes como el ministro de Asuntos Exteriores Martín Artajo. Por entonces España tenía algo más de 30 millones de habitantes, y gran parte de esta población había abandonado los pueblos buscando mejores oportunidades de trabajo en las ciudades. Hubo una progresiva elevación del nivel de vida, situándose en 1960 la renta media nacional por encima de la que había antes de la guerra. A ello contribuyeron factores internos y externos, dado que durante esta década hubo numerosos apoyos internacionales. Pero todo ello no trajo paz social, provocándose frecuentes revueltas en la Universidad y entre los obreros. Acoso por ello Franco destituyó a Ruiz Jiménez, el ministro más progresista, demócrata cristiano. El nuevo gabinete fue el de personalidades vinculadas al Opus Dei, llamados «los tecnócratas», que mejoraron bastante la economía. También se sentaron las bases para una Ley de Sucesión que restaurase en España la monarquía tras la muerte de Franco.

Disfrutando poco de la carrera de Derecho, que se consideraba de gran prestigio y favorable para prosperar en la vida, Rafael encontró otros muchos encantos a aquella vida de universidad[43]. En El Escorial, aparte de su estudios de Derecho, se dedicó a colaborar, y luego a dirigir, la revista universitaria *Nueva Etapa*, creada a fina-

[41] Estos exámenes se realizaban en lo que fue Facultad de Derecho, en el edificio de la calle Ancha de San Bernardo en Madrid, antiguo edificio, muy reformada y restaurado, del Noviciado de la Compañía de Jesús. En El Escorial, en el edificio de La Compaña, del siglo XVII, como dependencia directa del monasterio escurialense

[42] Quizás este suceso y sus ideas liberales le llevaran a ser gran admirador de Manuel Azaña, una figura a la que dedica un capítulo de su libro, póstumo, *Visión literaria de La Granja de San Ildefonso en la obra de seis destacados escritores españoles*, Madrid, 2006, pp.77-93. Recoge cartas al presidente de la II República española, copia de las cuales le fue entregada por la Real Academia Española de la Lengua, pues el original de las misivas se halla depositado en el Legado Rodríguez-Moñino/Brey de la dicha institución; tambien la figura de Azaña, y sus *Diarios*, aparece con frecuencia en uno de sus últimos libros acerca de la *Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia*.

[43] Al leer las notas autobiográficas que Rafael me facilitó para que elaborase su biografía, en lo relativo a su escasa vocación por el campo del Derecho y de las disciplinas jurídicas, en comparación a otros gustos personales que tenía ya afianzados desde la juventud, me vino a la mente el recuerdo de dos personajes sobre los que realicé su biografía, ambos amigos y maestros para mí: D. Antonio Domínguez Ortiz y D. Antonio Linage Conde. Durante el largo tiempo en el que tuve el lujo de platicar con Domínguez Ortiz, especialmente mientras le entrevistaba para realizar la primera y extensa biografía que publiqué de él en 1999, me confesó que, tras acabar Magisterio en la Normal sevillana, donde estudió entre 1923-1927, decidió matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras, dedicándose con mayor intensidad a desarrollar su vocación investigadora, aunque un tío suyo, sacerdote, le había aconsejado hacer Derecho porque era una carrera con «mayores posibilidades de promoción social y económica». Nunca se arrepintió don Antonio de no ser abogado, Respecto a Linage Conde, brillante en estudios de Derecho y que fue el notario más joven de España, cumplidos los 23 años, tampoco encontró en este mundo de las leyes la satisfacción vocacional, que siempre estuvo para él en el campo de la docencia, la Literatura y la investigación histórica. Su inmensa capacidad de trabajo y su inteligencia privilegiada le permitieron compaginar ambas actividades durante años, como profesor en la Universidad de San Pablo (de Madrid), y doctorándose en Historia y en Derecho. A. Tarifa Fernández, *Antonio Linage Conde, Biobibliografía,* Alcalá la Real, 2002, pp. 11-16.

les del siglo XIX, y en la que, siendo estudiantes en este colegio, colaboraron muchos intelectuales como Azaña, Dámaso Alonso, Juan Ignacio Luca de Tena, Federico Moreno Torroba, Antonio Rodríguez-Moñino, y otras figuras famosas[44]. Otra de sus aficiones en El Escorial fue el Teatro. Por ello, con sus compañeros José María Morera e Ignacio Nieto, organiza un grupo teatral en la Universidad escurialense, apoyado por los padres Gabril del Estal y Saturnino Alvarez Turienzo, y los dramaturgos Antonio Buero Vallejo, Dora Sedano, Juan Ignacio Luca de Tena y, sobre todo, José López Rubio quien, incluso, dirigió la farsa francesa del XVI *Micer Patelin*, estrenada por este gupo teatral en el paraninfo de la Universidad de Salamanca. Fruto de esta actividad fueron las diversas representaciones que se llevaron a cabo en los años de su estancia en este Real Colegio: en El Escorial representan o leen, entre otras obras, *Tres Sombreros de Copa*, de Miguel Mihura, *Escuadra hacia la Muerte*, de Alfonso Sastre, o el entremés de Cervantes, *Las Aceitunas*. Debido a esta actividad teatral leyó con la dramaturgo Dora Sedano, en el salón de actos de la Universidad de El Escorial, *Estampas de Felipe II*, obra de dicha escritora, que poco antes había tenido gran éxito con el estreno en el teatro Lara de Madrid de su drama *La Diosa de Arena*. Quizás por esta incansable actividad fue propuesto para dirigir el Teatro Español Universitario, cuando Rafael cursaba el último curso de la carrera de Derecho.

Su afición al Arte Escénico nunca la olvidó. Estando en Valencia, organizó y dirigió obras reatrales de Tono, Laiglesia y Llopis, siendo interpretadas, entre otros, por su hermana Julia, quien actualmente sigue en esta actividad teatral, cosechando éxitos. Fue otra de las aficiones comunes que contribuyeron a unir muy estrechamente a estos hermanos[45]. Aquel Colegio Universitario escurialense tenía, y sigue teniendo, una intensa actividad cultural. Fue el lugar perfecto para un joven como Rafael, de mentalidad humanista, abierto a todo tipo de conocimiento que enriqueciera su espíritu. Allí conoció nuestro protagonista, entrevistándolos después, a la novelista Carmen Laforet y a los ya mencionados dramaturgos José López Rubio y Antonio Buero Vallejo. Su vinculación a este Colegio Universitario nunca se interrumpió: en la última revista, ya muerto Rafael, se publicó un trabajo suyo y se le recordó en otras colaboraciones[46]. Su paso por este colegio dejó profunda huella. Acabados los estudios de Derecho, la vida le deparaba caminos más difíciles.

5. Hacia la Carrera Diplomática: 1959-80

«El valor hace vencedores, la concordia hace invencibles». C. Delavigne

En el año 1959 Rafael ya es licenciado en Derecho. Ahora debe tomar el camino profesional más adecuado. Se le plantearon varias posibilidades a seguir. Una de ellas es la que orienta su vida profesional preparando unas duras oposiciones para ingresar en la Carrera Diplomática. Para ello le aconsejan que fije su residencia en la capital de España, donde se hallaban los mejores preparadores de los ejercicios en que consistían los exámenes. En esta decisión, como en la de estudiar Derecho, pesaron mucho los consejos de su padre y de su tío Antonio, quien ese año decisivo para nuestro biografiado, desplegaba en Madrid una intensa actividad cultural e investigadora[47], aunque bien es cierto que a

[44] Con Rafael Rodríguez-Moñino trabajaron en *Nueva Etapa* los hermanos Tomás y Serafín R.-Limón, Antonio Palés, Felipe Mellizo y Rafael Hernández de la Torre, entre otros.

[45] El amor al teatro hizo que Rafael escribiera algunas obras en su época juvenil, como un «pasillo de comedia» (*Un Cuento de Navidad*) y un drama (*Los Murciélagos*), aunque nunca llegaron a estrenase públicamente.

[46] R. Rodríguez-Moñino, «Breves apuntes históricos sobre la institución jurídica 'la dote'. La dote religiosa», *Nueva Etapa,* nº 73, 2006, pp. 197-205. En este número se publicó nuestro trabajo «Diálogos con Rafael Rodríguez-Moñino Soriano (1935-2005). In Memoriam», pp. 35-51.

[47] Entre estas iniciativas cabe citar las desplegadas en la Real Academia Española de la Lengua, en la Fundación Lázaro Galdiano y en la Editorial Castalia, publicando en ésta numerosos trabajos, creando Colecciones, y *Revista Española*, en 1953, en la que intervinieron los jóvenes creadores literarios de aquella generación, como Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos, Juan Antonio Gaya Nuño, Carmen Martín Gaite, entre otros.

esas alturas Don Antonio ya preparaba las maletas para establecerse en Estados Unidos, con su esposa la medievalista Dña. María Brey, lo que hizo en 1960: estaba desengañado y dolido por las afrentas que había recibido por parte de algunos miembros de la Academia de la Lengua en cuanto a su elección como numerario de la misma y presentó su dimisión como Correspondiente de la institución, en una valiente carta dirigida a su director D. Ramón Menéndez Pidal. Si en España se le ignoraba, en otros países lo llamaban como uno de los mejores expertos. Ya se sabe: pocos son profetas en su tierra. Además, en España, la envidia es un pecado capital muy reconocido. Todas estas experiencias familiares las vivió intensamente nuestro biografiado, quien reflexionaba sobre la vida de su famoso tío mientras comenzó a prepararse para la Carrera Diplomática, dedicado al duro ejercicio de opositar, quemando en este esfuerzo unos años cruciales de su vida, entre 1959-1966.

Sobre esta determinación tan importante, Rafael me contó que fue difícil tomarla, pero que era una solución a su vida tras licenciarse en Derecho, sin vocación para ser abogado. Tomada, pues, la decisión, nuestro protagonista vive en Madrid esos años tensos, con una familia amiga, los Martínez-Pardo Wangüemert, en la calle de Sagasta, y en una residencia, propiedad de la misma familia en el último tramo de la Gran Vía. Trabajo constante, solamente interrumpido por estancias muy gratas en Cambribge y Tours, con el fin de perfeccionar los idiomas inglés y francés. En Madrid, tuvo buenos preparadores, expertos en materias especializadas, que lo prepararon en Economía, Historia de las Relaciones Internacionales y Derecho Internacional Público y Privado. En 1966 ingresa, al tercer intento, en la Escuela Diplomática. Éste fue un año crucial en su vida, y también en la de su tío Antonio quien, al fin y con justicia, es elegido académico de número en la Real Española de la Lengua. Fue el mismo año en que la opinión pública española se conmovió porque en Palomares, una villa en la costa almeriense, cayó una bomba debido a un accidente aéreo sufrido por un bombardero estadounidense. Para tranquilizar a los españoles sobre el nulo riesgo de contaminación nuclear, el ministro Fraga Iribarne visitó la zona y se bañó en sus aguas. Los españoles votan mayoritariamente a favor de la nueva Ley Orgánica del Estado, leyendo sus resultados, el 14 de diciembre, en los medios de comunicación por Fraga Iribarne, un político con quien Rafael colaboró en una publicación.

En 1966 ingresó el profesor y diplomático Rafael Rodríguez-Moñino Soriano en la Escuela Diplomática, en el cargo de Jefe de Estudios de Materias Históricas y dando clases de Geopolítica. Tuvo la oportunidad de contratar a otros profesores como D. Carlos Seco Serrano, don Francisco Induraín o don Juan Antonio Gaya Nuño. Fue un comienzo ilusionante, que le permitió conocer y tratar a relevantes personajes de la Diplomacia y las Letras, caso de los directores de la Escuela Gonzalo Fernández de la Mora y José Antonio Giménez-Arnau; este último fue el impulsor de la citada colaboración entre Rafael y Fraga en el libro *Fundamentos de la Diplomacia*; y el primero le defendió con amistad y firmeza claras de las injustas acusaciones que alguien lanzó contra de Rafael Rodríguez-Moñino, desde el Ministerio de Asuntos Exteriores, superando este problema. En estos primeros años se unió mucho a un grupo de intelectuales relacionados con su tío Antonio y la esposa de éste Doña María Brey. La desafortunada y prematura muerte del primero trajo consigo que se realizaran habituales tertulias semanales en el domicilio de doña María, en la calle de San Justo, de Madrid, frente a la basílica de San Miguel. A ellas acudían numerosos hispanistas del prestigio de Marcel Bataillon, Arthur Askins, Edward Wilson, aparte de algunos miembros de la familia García Lorca, D. José Fenández Montesinos, Da. Laura de los Rios, D. Fernando Lázaro Carreter y su esposa, don Rafael Pérez Delgado, don Eugenio Asensio, y algunos amigos habituales de don Antonio y doña María, como D. Fulgencio Díez Pastor, Da. Sara Struck, Da. Isabel Yetano, Da. Susana Gómez de la Serna, don Padro Gil Paradela y don Vicente Pastor; aparte de algunos familiares como los sobrinos de doña María Rosario, Julia y, naturalmente, Don Rafael Rodríguez-Moñino, nuestro biografiado.

Los años finales del franquismo fueron difíciles para Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. Se le apartó de la docencia en la Escuela y lo destinaron para desempeñar el cargo de cónsul en la ciudad de Nador, fronteriza entre Argelia y Marruecos. Fue una experiencia nefasta para él, hasta el punto de que solicitó la excedencia voluntaria en la Carrera. Pero tal excedencia no llegó a firmarse pues a la muerte de Franco, en noviembre de 1975, el nuevo ministro de Exteriores, D. José María de Areilza, le confirmó en su antiguo puesto en la Escuela Diplomática. Pese a ello Rafael Rodríguez-Moñino llevaba tiempo meditando en la posibilidad de dar un giro a su vida y dedicarse a lo que más le atrajo siempre: Explicar Historia y Geografía a los alumnos de Bachillerato. Para lograrlo había estudiado en la UNED Geografía e Historia. Aunque pasó algún tiempo antes de que abandonara la Carrera Diplomática.

En los primeros años de la Transición, Rodríguez-Moñino estuvo, primero como secretario de embajada en Camerún, República Centroafricana y Guinea Ecuatorial (habiendo sido nombrado también para este país cónsul en la ciudad de Bata, en Rio Muni), en periodos turbulentos a raíz de la declaración de independencia de esta última nación. La meritoria obra de este Embajador en Guinea le fue reconocida oficialmente, siendo distinguido como «Caballero y Comendador dela Orden del Mérito Civil». Pero para él fue demasiado dura esta experiencia: me comentó que esta época guineana fue la más nefasta y ácida de su vida en todos los aspectos, si bien contó con el apoyo de los embajadores D. Emilio Pan de Soraluce y D. Manuel García-Miranda, y del secretario de embajada D. Manuel de Luna Aguado. Al regresar a España, en el Ministerio de Asuntos Exteriores le fue encargada la jefatura de la Sección de África al Sur del Sahara, a las órdenes del D. Fernando Morán, quien intervino en la publicación de su libro *Razón de Estado y Dogmatismo Religioso en la España del siglo XVII*. Durante un breve periodo de tiempo, y en misión puramente académica (Congreso de Academias y Escuelas Diplomáticas del mundo Iberoamericano) fue enviado, a propuesta del entonces director de la Escuela Diplomática española, Sr. Fernández de la Mora, a Chile (Santiago, Viña del Mar y Valparaíso), celebrado poco antes de la Dictadura de Augusto Pinochet. Con el fin de ampliar sus conocimientos sobre Iberoamérica, en este tiempo, Rodríguez-Moñino visitó ciudades como El Cuzco, Quito, Cartagena de Indias y La Paz.

Su última etapa en la Carrera Diplomática, entes de cambiar el rumbo de su vida, estuvo marcada por sus tres últimos años en la Escuela Diplomática y otros tres como cónsul general en Montpellier. Seis años de actividad profesional en la diplomacia que él recordaba como lo mejor de esta carrera; en especial los pasados en la ciudad francesa, a pesar de atender a una colonia española en el sudeste de Francia de cerca de 25.000 conciudadanos y a miles de vendimiadores españoles que en aquella época se desplazaban a la región del centro y sur de la nación gala en los meses de septiembre y octubre. Si bien Rafael, con su talante habitual de ser agradecido con quien le ha apoyado en algún momento de su vida, apuntaba que en el desarrollo de esta misión consular «contó con un excelente equipo auxiliar de funcionarios, dirigidos por el canciller del consulado D. Francisco Rodríguez Aracil y con los vicecónsules honorarios de la zona del Languedoc, departamentos del Harault, Aveyron y Cantal». También, durante su estancia en Montpellier, catalogó y ordenó el espléndido archivo del consulado, que procedía del antiguo de Séte, con documentación valiosa desde finales del siglo XVIII, fotocopiando gran arte de los Legajos y expediente y enviando todo el original al Archivo General del Misterio de Asuntos Exteriores. Fruto de esta espléndida documentación son sus libros sobre el *Exilio Carlista en la España del siglo XIX*, y *Sombras Testimoniales de España en el Sudeste de Francia (1814-1941)*; ambos trabajos son aludidos en las más punteras publicaciones sobre la Historia de España Contemporánea (caso de los publicados por Fernando García de Gortázar). Asimismo, publicó en aquellos años la única de sus novelas que ha visto la luz: *Castilla de Siempre y Nunca*, narración que se desarrolla en los años finales del reinado

de D. Alfonso XIII y el comienzo de la II Republica. A Montpellier fueron a visitarle varios miembros de su familia y numerosos amigos, como Nicolás Alvarez Tolcheff, Pedro Escorial, María José Llorente, que, junto con su hermana Julia, tanto le ha ayudado en la ordenación de sus documentos, notas, papeles, fotografías, etc. Siempre fue asitido en Montpellier por las «Casas de España de la Regiones», en que el consulado tenía su misión de protección a los españoles, en especial por la Casa de Béziers; y por las asociaciones culturales, educativas y taurinas, como en el último caso la de Nimes, cuando hubo de encargarse interinamente del consulado de esta localidad, hoy ya extinguido. Por todo ello los tres años sus tres años de ejercicio consular en los dos consulados mencionados fueron para nuestro biografíado una experiencia llena de emotivos recuerdos, vivencias fructíferas, aprendizaje y afectos profundos que le acompañaron siempre. Sin embargo, las veredas de su vida le conducirían muy pronto al otro lado de los Pirineos. Andalucía lo esperaba de nuevo , y es que a Andalucía siempre se acaba por volver.

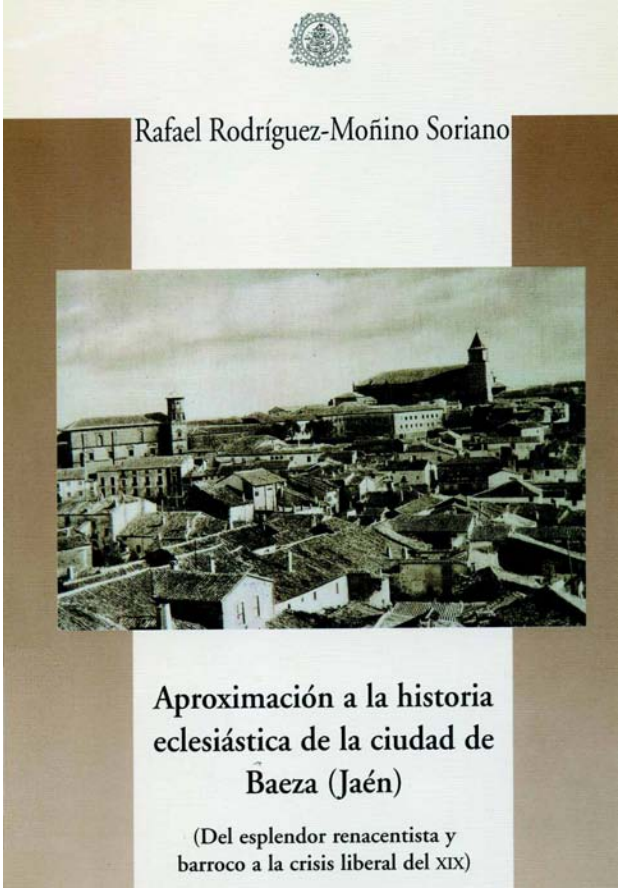
6. Jaén, para volver a vivir: la cátedra de Baeza (1980-1998)

«Andalucía es el producto de la conquista y castellanización; éste es el rasgo básico, aunque se haya enriquecido con supervivencias y aportaciones de diverso origen». Antonio Domínguez Ortiz.

Estamos en 1980. Ese año el diplomático, ya convertido en catedrático de Instituto D. Rafael Rodríguez-Moñino, llegó a las tierras, para volver a vivir la alegría y el sol del Sur. Curiosamente, casi por las mismas fechas, regresaba a Andalucía el historiador D. Antonio Domínguez Ortiz, quien dejó Madrid y se instaló en Granada en 1981, tras la jubilación para dedicarse exclusivamente a la investigación histórica. Pero volvamos a nuestro biografiado. Me contó que recibió con alegría su nuevo destino en el Instituto «Santísima Trinidad» de Baeza. Llegó cargado sólo de libros, sueños y mucho entusiasmo. Casi a la vez que él, yo abandonaba La Mancha y me trasladaba voluntariamente al Instituto de Bachillerato de Úbeda. Aquí nació mi hija María Adela, en junio de 1981, año en que hice los cursos del Doctorado y tuve noticia por vez primera de la meritoria labor docente y cultural que ya desplegaba el profesor Rodríguez-Moñino en Baeza. Ese año leí la biografía de un destacado ubetense D. Francisco de los Cobos, de Hayward Keyston, editada por Castalia, con una excelente Introducción de Rodríguez-Moñino. Nuestros caminos se acercaban, en las tierras de Jaén.

La decisión de dar un giro tan radical a su vida la tomó Rafael en junio de 1980, siendo aún cónsul en Montpellier. Estaba bien en aquel destino diplomático pero su sueño era echar raíces duraderas en un lugar y enseñar Historia a los jóvenes. Por eso se presentó a las oposiciones para catedrático numerario de Bachillerato de Geografía e Historia. Nuestro protagonista vuelve a Andalucía en una fecha emblemática, el 28 de febrero de 1980, cuando Andalucía había celebrado el referendum autonómico, mientras que se inauguró la sede del Tribunal Constitucional en la capital de España.

Las impresiones que causó entre alumnos y profesores de Baeza la llegada del nuevo docente fue evocada al comenzar al comenzar este artículo, en las palabras que pronunció su antiguo alumno Ventura Salazar el día 4 de junio de 2005, al rendirle un homenaje póstumo. Recuerda Ventura que él tenía entonces 15 años y circuló en rumor de que «Había llegado al Instituto un nuevo Catedrático de Historia que hasta el momento había sido diplomático de carrera, que había publicado varios libros y que, además, se codeaba con muchos personajes de la intelectualidad y de la política española. ¿Qué se le habría perdido a un hombre así en un lugar como Baeza?, nos preguntábamos todos». El desconcierto inicial se trasformó en respeto, cariño y admiración hacia el nuevo profesor. Quien recibía sus clases, nunca las olvidaba, y así «la expresión EL Cónsul fue perdiendo vigencia en mi ánimo, y de hecho hoy me resulta extraña y marginal...», señalando que «Al menos por lo que a mí respecta, debo confesar que sus explicaciones eran tan vividas y eficaces que, a partir de entonces,



cada vez que he tenido oportunidad de contemplar obras maestras de la historia del arte he sentido siempre la impresión de que lo que hacía era *revivir* de otro modo las clases de Rafael»[48]. Un testimonio tan elocuente que no precisa comentario.

En Baeza permanecería Rafael R.-Moñino hasta 1998. Allí desplegó una intensa labor pedagógica y llevó el calor de la Historia a muchos jóvenes del Instituto «Santísima Trinidad», aunque, como ya dijimos al comienzo, vivió en casas frías, que en nada recordaban a las que compartió con su familia en Badajoz y Málaga. Pero los ratos de silencio y soledad, o las incomprensiones de algunos, fueron compensadas con el cariño y respeto que el profesor Rodríguez-Moñino recibió de los mas de 2.000 alumnos que asistieron a sus clases de Geografia e Historia de España y de Historia del Arte en el Instituto baezano, para los alumnos de tercero de Bachillerato y de COU, labor que hizo compatible durante un curso con la docencia en e Centro Asiciado de la UNED en Jaén. La preparación de sus clases fue minuciosa, teniendo a gala el no haber recurrido a libro de texto alguno para sus cursos, por lo que los alumnos tenían que tomar notas durante sus diarias explicaciones. Eran, pues, clases magistrales, tan útiles y tan olvidadas con los nuevos modelos pedagógicos de la LOGSE, una ley educativa que no estimulaba la disciplinas y el esfuerzo de los jóvenes. Sus alumnos agradecen al Cielo que este magnífico docente no ensayaran las tesis pedagógicas actuales, convertidos muchos de ellos hoy en profesores de Geografía, Historia o Arte, por la devoción, afición y vocación que les transmitió su profesor Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, quien se dedicó a ellos plenamente. Él tampoco olvidó nunca a aquellos jóvenes, a quienes examinaba individualmente, con paciencia infinita y sin medir en tiempo que aquella práctica docente le ocupaba fuera de su horario lectivo, pues muy raras veces recurrió a pruebas escritas, y a quienes enseñó el valor del respeto, el esfuerzo y la disciplina. A ellos y a Baeza, en sus numerosas publicaciones sobre esta ciudad, Rafael dedicó los mejores años de su vida profesional. En Baeza cultivó amistades que le acompañaron hasta el final de sus días[49]. En Baeza desplegó una intensa vida cultural, apoyado por colaboradores como D. José Manjón, con quien dirigió

[48] Ventura Salazar, «Semblanza de...», Op. cit.

[49] Desde la distancia, ya residiendo en Madrid, Rafael escribió en sus notas muchos nombres de amigos que tenía en Baeza: recordaba con afecto profundo a alumnos y a compañeros de oficio, profesores del Instituto baezano, que tampoco le olvidaron al marcharse y le rindieron homanajes en la hora del adios. Entre estos amigos sinceros que hizo en Baeza cabe destacar a D. Rufino Gonzalo, Da. M. Teresa Estaban, D. A. Santos, D. José Molina Hipólito, Da. Marta Alvarez, Da. María Dolores Canis, Da. J. Inés Montoro, Dña. Valle Arredondo, D. S. Ramírez, y otros muchos que sería demasiado largo enumerar. También sería interminable la lista de los alumnos que con el tiempo se convirtieron en auténticos amigos de Rafael R.-Moñino; valgan como ejemplo, entre otros, los de Policarpo Cruz Cabrera, con quien ha escrito y publicado numerosos trabajos históricos, Rocío Martínez Cruz, Sebastián Cabrera, Diego Ruiz Cantos, siempre atento a las indicaciones culturales de Rafael, o Gabino Puche.

y mantuvo casi durante dos décadas (con ayuda de algunos amigos, entre ellos Doña Leonor Buendía) la «Asociación Cultural Baezana» y su medio de literario, el *Cuaderno «Desde Baeza.* En los archivos de Baeza dejó muchos días de su vida: en el Archivo Histórico Municipal, dirigido por Dña. Josefa Inés Montoro, en los parroquiales de Baeza y el de la antigua Universidad. También investigó sobre Baeza en el de la Real Chancillería de Granada, con la ayuda D. José Policarpo Cruz, y el Archivo Diocesano de Jaén, con la colaboración del que canónigo bibliotecario de aquella catedral, el ilustre baezano D. José Melgares. Esta labor investigadora sobre la ciudad que lo acogió y que él quiso como si fuera la suya nativa, la continuó en Madrid, en los Fondos Archivísticos de la biblioteca de la Real Academia de la Historia y del Archivo Histórico Nacional. Y Baeza le agradeció esta dedicación en numerosos actos y homenajes, recibiendo el Escudo de Oro de la ciudad y la Medalla de Oro de la Agrupación de Cofradías. Porque en Baeza Rafael renovó su pasión por la Semana Santa, viviendo intensamente estas fiestas litúrgicas e investigando en su historia. No podía ser de otro modo pues Rafael vivió muchos años en una de las ciudades que tiene mayor antigüedad y tradición en los cultos pasionales, conservando algo de su bella imaginería barroca, pese al drama patrimonial que ocasionó en la zona la guerra del 36 y los sucesos de mayo de 1931[50]. Pero, puesto a destacar un detalle de la unión afectiva nacida entre Rafael y Baeza, ninguno mejor que su presencia en la ciudad y Samana Santa de Baeza en 1997, tras haberle extirpado sus cuerdas bucales y laringe en 1996, para ensayar aquí su «nueva voz» en la presentación de una de sus grandes obras, en colaboración, especialmente con Policarpo Cruz, Damián Cruz y el fotógrafo Pedro Narváez: *Historia documental de las cofradías y Hermandades de Penitencia en la ciudad de Baeza*. Un hermoso acto de valentía, humildad, dignidad y generosidad.

Vamos a terminar esta semblanza biográfica citando otros premios y honores que D. Rafael Rodríguez-Moñino Soriano recibió en vida. Aunque sería largo enumerarlos todos, destacamos los siguientes nombramiento en 1986 como Académico Correspondiente de la Real de la Historia por la provincia de Jaén; en el mismo año Miembro Correspondiente de la Real de Córdoba; en 1988 Correspondiente de la Bibliográfico-Mariana «Virgen de la Capilla», de Jaén. Miembro de Número del Centro de Estudios de Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, en 1995. En el año 2000 la Asociación de Profesores de Geografía e Historia de Andalucía, «Hespérides» le nombró Miembro de Honor. Su doctorado en Humanidades llegó en 1998. Esta trámite académico lo demoró porque siempre pasó por delante de sus propios intereses los de otros, y la enfermedad le dificultó en un primer momento la lectura y defensa de sus Tesis. Pese a todo, superada la etapa más grave de a dolencia que le apartó prematuramente de la decencia, obtuvo el título de doctor, con la calificación Cum Laude, por la Universidad de Jaén. Su tesis la dirigió el profesor Coronas Tejada y versó sobre «La Historia Eclesiástica de Baeza». Su estrecha unión, en el ámbito humano, docente e investigador, con la provincia de Jaén, hizo que fuera nombrado coordinador de los Académicos Correspondientes por Jaén de la Real Academia de la Historia para la elaboración del *Diccionario Biográfico Español,* Tarea que desempeñaba cuando le llegó la muerte. Cuando vivía entre Baeza, La Granja y Madrid

---

[50] Particularmente volcó en Baeza su devoción en dos cofradías: la del Cristo de la Caída (siglo XVII) y la de la Vera Cruz (siglo XVI). De la primera fue durante años uno de los capataces del trono del Señor. Respecto a la segunda, fue aguador del trono del Nazareno en una de sus primeras salidas procesionales con costaleros. Esta pasión y dedicación a la Semana Santa tiene otra manifestación en el entusiasmo con que vivió su designación para pregonar un año la Semana Santa, como también en otra ocasión el de la figura de los costaleros, a petición de la citada hermandad de la Vera Cruz. Su generosidad y amor por la Semana Santa de Baeza le llevaron a donar un querubín te tamaño medio para sostener uno delos extremos de la Cuz del Nazareno de la Caída; esta talla, debida al escultor-imaginero sevillano Manuel Hernández León, permanece en la clausura de las religiosas Agustinas Recoletas del Monasterio de la Magdalena en Baeza, que heredarán su custodia, si bien cuando desparezca el donante la propiedad ha de pasar a la cofradía de la Caída.

7. Y Madrid, para morir (5 de mayo de 2005)

«Y aunque la amistad contenga muchas y muy grandes dulzuras, sin embargo ésta que cito a continuación excede a todas sin lugar a dudas, el lograr que, al mirar al futuro, brille en nosotros una esperanza favorable y el no tolerar que el espíritu del hombre se desaliente y decaiga. Pues quien mira a un amigo verdadero mira un fiel retrato de sí mismo. Por lo cual, los ausentes están presentes, los pobres rebosan abundancia, los débiles tienen vigor, y, lo que es más arduo de explicar, los muertos viven, pues tan alto honor, recuerdo y añoranza de los amigos son su continuidad...» Cicerón[51]

Cuando finalizo esta biografía, con un recuerdo al poeta del amor, San Juan de la Cruz, va para dos años que Rafael murió en Madrid. Allí se instaló en 1996, invadido por la tristeza de una cruel enfermedad, y por el vacío de alejarse de Baeza, de su cátedra, de sus amigos. Buscó consuelo, de nuevo, en las cartas, en los libros, en la familia, en los amigos, y se aferró a su refugio veraniego de La Granja de San Ildefonso, donde pasaba los rigores estivales. Su casa madrileña, en la calle de López de Hoyos, fue también un paraíso terrenal, con su gran biblioteca, siempre abierta a los amigos. Y las calles de Madrid, que recorría constantemente sus calles («trabajos de campo») como buen andarín, para tomar datos históricos que llevaba a sus libros. Su delgada figura se perdía por los barrios del Centro, de Atocha, Lavapiés, San Baenardo, Chamberí, Cuatro Caminos, Ciudad Lineal, ambos Carabancheles, y los alejados de Barajas, la Piovera, Vallecas..., caminante solitario bajo la lluvia o el sol, especialmente los sábados por la tarde o los domingos por la mañana[52]. Otros lugares constantes en sus recorridos madrileños fueron los archivos históricos, los museos, los lugares de conferencias y exposiciones, los conciertos de música clásica o de jazz, asistir a centros como la Asociación de Escritores y Artistas[53] y a las Casas de Extremadura[54]. También era frecuente su presencia en las sesiones semanales de la Real Academia de la Historia, donde tenía excelentes compañeros.

Aunque su enfermedad le limitaba bastante, nunca renunció a sus aficiones más firmes, entre las que estaban los viajes, pues la impronta de los años en la Diplomacia no cayeron en el vacío y venía de una tierra de conquistadores, aventureros siempre. Rafael necesitaba, con voz o sin voz, comunicarse con gentes y tierras muy diversas y acaso por eso nunca envejeció por dentro. Y siguió viajando a su Baeza, poniendo en riesgo su vida más de una vez para llegar puntual a un acto cultural. Por eso, y porque Rafael finamente me lo dijo, sé que sí fue feliz en las tierras de Jaén.

Hoy, al escribir estas páginas sobre su vida, me alegra poder decir que Rafael acertó cuando viajó a Baeza ligero de equipaje, con sus libros y sus ilusiones, para enseñar Geografía, la Historia y del Arte a varias generaciones de jóvenes. Y puedo afirmar que en esta ciudad tuvo muchos momentos de paz interior, descubriendo a quienes quisieron tratarlo y conocerlo su alma trasparente, su corazón limpio y el eterno valor de la leal amistad. Hoy, pasado el tiempo que necesité para serenar el alma tras la muerte de Rafael, he vuelto a leer la correspondencia que guardo de mi amigo y he querido compartir unos

[51] CICERÓN, *La amistad. Un privilegio de los hombres buenos,* Ed. de Carmen Fernández-Daza (prólogo de Luis María Ansón), Madrid, 1998, págs. 34-35.

[52] Fruto de estos paseos por Madrid, y de sus investigaciones en archivos fue uno de sus últimos libros: *Los Monasterios de Religiosas Contemplativas de Madrid y el entorno histórico y urbanístico de los mismos,* Madrid, 2005. Se presentó después de su muerte.

[53] Asistía con amigos o colaboradores, como José López Martínez, Emilio Porta, Isabel Ibáñez, Natalia Gómez de la Serna y los grandes poetas Leopoldo de Luis y José Xavier Aleixandre, entre otros.

[54] Fue asiduo especialmente al Hogar Extremeño de la Gran Vía madrileña o a la Casa Regional Extremeña de Getafe, donde tenía buenos amigos, extremeños como él, como José Iglesias, Ricardo Hernández, Juan José Arias o Alejandro García Galán y Pedro Aparicio, inclinados también a las buenas letras; y a la llamada Tertulia «el Rato», creada y mantenida por un notable extremeño, D. Francisco Lebrato, y cuyas variopintas reuniones se hacen, mensuamente, en la centenaria taberna del torero Antonio Sánchez en la calle castiza del Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés; taberna cantada por D. Antonio Díaz-Cañabate, en 1942, en sus libro *Historia de una Taberna.*

retazos de ella con las gentes de Jaén para que Rafael Rodríguez-Moñino, un sabio que murió joven porque no hubo una sola mañana de su vida en la que no se despertara con una ilusión. Yo lo recordaré siempre como un ser excepcional que pasó por la vida sin hacer daño a nadie. Un hombre que perdonó sinceramente a los que alguna vez se lo hicieron. Un hombre que escribía cartas para sobrevivir, volcando en ellas su inmensa humanidad. Cartas como ésta, que salió de Madrid el 15 de abril de 2004, en las que hablabas de nuestras noches de insomnio, agobiados por el trabajo intelectual, en Úbeda y en Madrid: ¿Acaso estaba leyendo yo la biografía que hizo de tu tío Antonio, con la que un día vi amanecer? Él me respondía: «Mi querida amiga leal Adela. Evidentemente tus noches son románticas, a lo Pastor Díaz, más no tan románticas como las de éste (...),están más próximas a las visiones de las cenicientas de Heine. Y, evidentemente, son más sentimentales y puras que cualesquiera otra de nuestras generaciones, centradas en locuras narcóticas o «dancings» alocadamente en las discotecas. Son las tuyas noches de pensamientos y actitudes vitales, pacíficas, nostálgicas, pero hermosamente pensadoras. De tus reflexiones, respecto a mi, he de decir (...): Sí, a mi modo y manera, fui feliz en Baeza (...); pienso que Baeza sigue siendo algo importante que quiero y recuerdo; El daño que me han hecho en la vida va de la mano de momento vividos en ella (...). No, no hay personas que me hayan hecho daño directo y malintencionadamente. Que yo sepa, desde luego. Y sí, en cambio, os agradezco a muchos de mis amigos, tú incluida, la ayuda inmensa que me prestasteis en los meses primeros de mi «degüello» que, de alguna forma, agradezco, porque en parte ha cambiado mi vida algo alocada de antes (...). La investigación histórica, la Academia, el archivo histórico Nacional son entidades indispensables en mi vida actual, igual que María José, mi familia, Poli, Diego (el baezano) y tú. Y los niños, encabezados por mi sobrino nieto Alvaro. No, Adela querida, ¡qué voy a ser yo «rematadamente bueno»! Yo soy amante rabioso de la vida y de sus cosas buenas y malas, y apasionado de las gentes en general. Por ella hablo con éste, ése, aquél o el otro u la otra. Con ellas río, lloro y pienso...».

Sí, Rafael amaba la vida intensamente. Amaba a los seres humanos. Amaba a sus amigos y a su familia. Pero afrontó la muerte con dignidad, como había vivido. Su querida hermana Julia, en una carta que nunca le agradeceré bastante, hizo el esfuerzo de recordar los últimos días que pasó con Rafael en la Clínica San Camilo de Madrid para que todos le conociéramos algo más. Nadie mejor que ella para cerrar esta biografía, dedicada a Rafael Rodríguez-Moñino Soriano, el más leal de los Amigos. El mejor Hermano: «Difícil, muy difícil, querida Adela, es para mi hablar de los últimos días de mi hermano Rafael. No quiero recordarle en esos momentos durísimos en los que se le escapaba la vida que él amaba tanto y a la que se aferraba con las pocas fuerzas que le quedaban (...). Nosotros, cuando nos parecía que podía entendernos e in-

cluso cuando creíamos que no, le hablábamos de cosas que sabíamos le eran gratas, de sus alumnos, sus libros, su trabajo, su casa de La Granja, de los niños Álvaro y Adrián (...). Rafa, al igual que yo, amaba mucho la música y a mi hijo Ramón se le ocurrió llevar un aparato de música donde continuamente teníamos puesta música clásica, especialmente, del Barroco; Bach, Haendel, Albinoni, Vivaldi,... y en uno de esos instantes de lucidez me dijo, «Esto es mejor que un concierto», tenía en esos momentos una gran paz. La música le acompañó hasta el final. La apagué cuando ya no estaba entre nosotros... No sé, querida Adela, si he cumplido lo que tú querías. No hay más, la muerte no es nada magnífico, sólo es un paso, un terrible paso que hemos de cruzar solos, aunque a nuestro lado estén nuestros seres queridos y tengas todo el amor del mundo a tu alrededor, tú quedas irremediablemente solo ante ella.

Julia Rodríguez-Moñino Soriano»[55].

Gracias Julia. Un abrazo fuerte de tu amiga Adela Tarifa Fernández

Úbeda, 14 de diciembre de 2006, aniversario de la muerte en Úbeda de San Juan de la Cruz.

«Al amanecer, nos examinarán de amor». San Juan de la Cruz.

A Rafael Rodríguez-Moñino Soriano. In Memoriam

[55] Carta de Julia Rodríguez- Moñino Soriano fechada en Madrid, 11-XI-06.